

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XL

Octubre a Diciembre de 1948

Año XI - Nos. 118 a 120

MONTEVIDEO — URUGUAY

1948

# TOMO XXXIX

AÑO XI — JULIO DE 1948 — Nº 115

LA PALABRA DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA Sr. D. LUIS BATLLE BERRES AL CUMPLIR SU PRIMER AÑO DE GOBIERNO	5
CARLOS SABAT ERCASTY. — Cántico de la presencia .....	13
DARDO REGULES	} Discursos Académicos .....
EDUARDO J. COUTURE	
DORA ISELLA RUSSELL. — Juana de Ibarbourou: I. Sobre un poema inédito de «Las lenguas de diamante». - II. Tres momentos en la poesía de Juana de Ibarbourou .....	40
VICENTE MORA RODRIGUEZ. — La libertad de cultos desde el punto de vista fiscal .....	48
NELSON GARCIA SERRATO. — Víctor Pérez Petit .....	65
MANUEL DE CASTRO. — Noticia sobre D. Fernando Ariás de Saavedra ..	68
CARLOS LERMITTE. — El cineasta .....	82

## PAGINAS OLVIDADAS

ANGEL FLORO COSTA. — Confidencias literarias a la Madre Patria .....	122
--	-----

## SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Presidente del Brasil ha invitado al Presidente de la República a visitar aquel país .....	130
REVISTA LITERARIA. — Un estudio crítico sobre las epopeyas de Genta:	

	<u>Págs.</u>
Genta o el renacimiento de la epopeya por Cayetano Inglés y Bovet ..	132
REVISTA HISTORICA. — El solar de los Artigas. — El General Oribe y la Iglesia .....	148
REVISTA ANECDOTICA. — Palabras ejemplares. — Ante el puñal. — La insensibilidad de los sicarios. — Un remedio quimérico. — El General D. Venancio Flores en un castillo de Francia .....	151
BIBLIOGRAFIA. — «Cuaderno de Otoño», por Julio J. Casal; «Varela el Reformador», por Josefina L. A. de Blixen; «Publicaciones del Archivo y Museo Ernesto Laroche»; «Canto recuperado», por Elia Gil Salguero; «Meridión», por Manuel de Castro; «Institutos Penales», por Juan Carlos Gómez Folle; «Músicos del Uruguay que escriben para niños», por Casilda Schell; «Inés de Castro. Les martyrs de Cordoue», «Le mystère d'Eusébe» «Contes Retour de Xerxe» por Albert Caraco; «Cervantes», publicación del Instituto de Estudios Superiores; «Acuerdos acerca del idioma», publicación de la Academia Argentina de Letras; «Galicia y su santo patrono el Apóstol Santiago», por Constantino Sánchez Mosquera .....	154

## Año XI — AGOSTO DE 1948 — Nº 116

MONSEÑOR ANTONIO MARIA BARBIERI. — Larrañaga y nuestra cultura	161
EMILIO ORIBE. — Tres poemas: I La rosa creada. II Pantum Nº 3, III Canto nocturno en el Ande .....	176
ALBERTO RUSCONI. — La estética de la lengua española .....	181
NOEL A. MANCEBO. — Enrique IV .....	199
CARLOS M. PRINCIVALLE. — Viajeras en la bruma .....	208
ROBERTO FABREGAT CUNEO. — Calímaco .....	264
BLANCA TERRA VIERA. — El ballet en el Uruguay .....	280
JAIME FERRER OLAIS. — Primera visita presidencial a la campaña ....	291

## PAGINAS OLVIDADAS

EDUARDO ACEVEDO DIAZ. — Los últimos días de Florencio Sánchez ..	300
--	-----

## SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — La Academia Nacional de Letras designó Académicos Correspondientes. — Impresiones de un médico psiquiatra sobre «Viajeras en la bruma». — En el Liceo de San José. Ciclo de Conferencias sobre la generación española del 98 .....	312
REVISTA ANECDOTICA. — Las virtudes republicanas. — El honor de la pobreza. — La austera pobreza .....	316
BIBLIOGRAFIA. — «Vivir, extraña cosa...», por Francisco Alejandro Lanza; «Mar en el mar», madrigales, trances, saetas, por Esther de Cáceres; «Soledad y retorno de Maldonado» por R. Francisco Mazzoni	318

## AÑO XI — SETIEMBRE DE 1948 — Nº 117

EL VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, Sr. D. LUIS BATLLE BERRES AL BRASIL. — I El discurso del Jefe del Estado ante el Parlamento Brasileño. — II La palabra de los dos Presidentes. — III El Presidente de la República a su regreso se dirige al pueblo .....	321
--	-----

JUANA DE IBARBOUROU. — Poemas: I Eternidad. — II Elegía para una casa .....	339
MONTIEL BALLESTEROS. — El hombre y la libertad .....	341
GUILLERMO FYNN GARZON. — Ocho siglos de teatro francés .....	357
AVELINO C. BRENA. — Ascendientes y colaterales de Artigas .....	361
ISABEL SESTO DE SOSA. — Grandes hombres y sus épocas: Leonardo de Vinci .....	366
JOSE G. ANTUÑA. — Misiones .....	391
A. D. PLACIDO. — Tabaré o la epopeya del indio .....	408
ROSA DE CONDE. — Descubrimiento de lo poético .....	428

## PAGINAS OLVIDADAS

LORENZO BATLLE. — Biografía del General Pacheco y Obes .....	450
--	-----

## SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La visita del Presidente de la República al Brasil. — La estatua de Artigas en Buenos Aires. — Congresos y Conferencias. — El Dr. Amézaga fué designado Profesor Honorario de la Facultad de Derecho de Río Janeiro .....	467
REVISTA LITERARIA. — Nuestros escritores juzgados en el extranjero ..	471
BIBLIOGRAFIA. — «Discursos del Dr. José Irureta Goyena»; «Del tiempo vivido», por Manuel Núñez Regueiro; «Paisajes, Evocación de España» por Angel Aller; «Poesías completas», de Juan Carlos Abella»; «La labor de un huésped» por Francisco E. Graffigna: «Abuela Clara» por Regina Esther Sassón .....	473
INDICE DEL TOMO XXXIX .....	478

## AÑO XI — OCTUBRE DE 1948 — Nº 118

CARLOS MARTINEZ VIGIL. — Sobre el «Ariel» de Rodó. A raíz de su aparición .....	5
JOSE MARIA DELGADO. — Exaltación de Montevideo .....	8
BUENAVENTURA CAVIGLIA, hijo. — «Las cantramillas en la coscoja» ..	12
JUAN JOSE MOROSOLI. — Un isleño .....	21
RAFAEL ALBERTO PALOMEQUE. — Alberto Palomeque. Notas para su bio-bibliografía .....	27
E. RODRIGUEZ FABREGAT, hijo. — Florencio Varela, el periodista de la Libertad .....	43
A. ROSELL. — Páginas de la vida austera .....	52
ROLINA IPUCHE RIVA. — Ema Bovary, derrotas del ensueño .....	65
ENRIQUE DE GANDIA. — Los planes monárquicos de Saturnino Rodríguez Peña y la prisión de Diego Paroissien en Montevideo y Buenos Aires ..	86

## PAGINAS OLVIDADAS

PEDRO S. LAMAS. — Recuerdos de la vida de Don Andrés Lamas .....	121
--	-----

## SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — Opiniones del Profesor Lucio Ambruzzi sobre el Uruguay y su cultura. - El Concurso oficial de Literatura. Fallo co-	
--	--

	Págs.
correspondiente a la producción de 1947. - Los premios a la producción teatral correspondiente a 1947. ....	
REVISTA ARTISTICA. — El XII Salón Nacional. - El Concurso anual oficial de Música .....	149
BIBLIOGRAFIA. — «Los Orientales en Ituzaingó», por el Coronel O. Váz- quez Ledesma; «La Edad de Oro», por Daniel D. Vidart; «La carta del Protectorado del Jefe de los Orientales José Artigas. 1813-1820», por Alberto Reyes Thevenet; «José Pedro Varela», por Telmo Manacorda; «Temple y abolengo de la ciudad de La Paz», por Raúl Botelho Gosálvez	152 156

AÑO XI — NOVIEMBRE DE 1948 — Nº 119

ROBERTO LEVILLIER. — El Cerro de Montevideo en la cartografía histórica .....	161
MANUEL BENAVENTE. — Regalo de Otoño. (Sonetos de un libro inédito)	166
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — En casa de Carlyle. Voces que no se extinguen .....	173
ALBERTO RUSCONI. — La responsabilidad de los escritores .....	226
MIGUEL A. JAUREGUY. — Las casas de Molina y la de la Plaza Mayor. Para la crónica del viejo Montevideo .....	230
SANTIAGO GASTALDI. — Los compañeros de Rodó. — I Víctor Pérez Petit. — II Carlos Martínez Vigil, Fundador de la Sociedad de Hom- bres de Letras .....	241

PAGINAS DESCONOCIDAS

ALBERTO PALOMEQUE. — Lamas y el Manifiesto a sus compatrio- tas en 1855 .....	248
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — El cincuentenario de la iniciación literaria de Herrera y Reissig. — Papeles literarios. — El centenario del nacimiento de Francisco Bauzá. — El cincuentenario de la publicación de «Ariel» de Rodó y la Academia Nacional de Letras .....	303
REVISTA HISTORICA. — Sobre el constituyente Jaime Zudáñez — Para la historia de Montevideo. Las puertas hablan .....	313
REVISTA ANECDOTICA. — Rivera en el destierro. — Una profesía y una realidad .....	316
BIBLIOGRAFIA. — «El primer pleito y otros cuentos», por Juan José de Souza; «Chateaubriand y la América Latina», por Hugo D. Bar- bagelata; «La penetración luso-brasileña en el Uruguay», por el Con- tralmirante (R) Dr. Carlos Carbajal .....	318

AÑO XI — DICIEMBRE DE 1948 — Nº 120

JUANA DE IBARBOUROU — Poemas: I Ayer. II Este y Sur. III El grito	321
CARLOS SABAT ERCASTY — El cerro de los cuervos .....	325
FELIX CERNUSCHI — La Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia .....	332
DORA ISELLA RUSSELL — Dimensión y mensaje de «La Tempestad» de Shakespeare .....	385
ALBERTO RAMON REAL — Inglaterra, cuna y modelo de las institucio- nes libres .....	351

## REVISTA NACIONAL

MANUEL NUÑEZ REGUEIRO — «Sufrimiento, victoria y eternidad» ....	358
ROBERTO OLIVENCIA MARQUEZ — «Bossale» .....	365
FELIX ARMANDO NUÑEZ — Comentario y divagaciones sobre «Tabaré»	377
JUAN CARLOS PEDEMONTE — Elisita Brown, la novia del mar .....	401

## PAGINAS OLVIDADAS

CARLOS MARIA RAMIREZ — Grandeza e infortunios de Bolívar ....	411
---	-----

## SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — La producción literaria del año 1948. — El cincuentenario de «La Revista». — Prólogo de Ventura García Calderón al libro «Oleaje» de Dora Isella Russell .....	421
BIBLIOGRAFIA. — «Un caudillo. El General Fructuoso Rivera, prócer del Uruguay». por José G. Antuña; «La cantramilla, folklore gaucho rioplatense, por Buenavenutra Caviglia, hijo; «Monterroso, iniciador de la Patria y Secretario de Artigas», por Eduardo de Salterain y Herrera	427
INDICE GENERAL DE LOS TOMOS XXXIII al XL .....	431

# EN CASA DE CARLYLE

## VOCES QUE NO SE EXTINGUEN

### I

#### LAS SOMBRAS DE CHELSEA Y LA CASA DE CARLYLE

La casa de Carlyle está situada en la calle *Cheyne Row*, en Chelsea, el histórico barrio de Londres, *a fascinating quarter*, como dicen los ingleses, que se tiende entre South Kensington y la ribera del Támesis. Hace tiempo que la ciudad absorbió e incorporó a la zona urbana este barrio que, antes, era una agreste población alejada de la capital. Enrique VIII llegaba hasta ella por el río a visitar al Lord Canciller, Sir Tomás More, que tenía allí su palacio, y que no podía suponer, en aquellos días, que su real amigo pronto le haría decapitar, sin otra causa que la natural resistencia que el ministro opuso al divorcio del rey y Catalina de Aragón y al casamiento de aquél con Ana Bolena. Muy cerca de la casa de More, en *Church Street*, está la antigua iglesia de Chelsea, donde el Lord Canciller hizo preparar su propia tumba, y donde es fama que fué sepultado su cuerpo sin cabeza, pues ésta, luego de estar muchos días colgada de una escarpia en el puente de Londres, fué llevada piadosamente a San Dunstán de Canterbury.

Aquel barrio está lleno de recuerdos históricos, y acaso por esto lo eligió para su morada el original escritor que dijo que la historia es cosa inefable y divina y que confesó que un artículo de su credo era que «la única poesía es la historia si supiéramos escribirla». Así la escribió él; así hizo de la historia de la Revolución Francesa una sucesión de magníficos cuadros murales o de vastas tapicerías, en las que se mueven y desfilan el rey y la corte, el «*Oeil de Boeuf*» con sus deslumbrantes galas y sus privilegios aristocráticos, como un lúgubre cortejo que camina hacia la guillotina y la muerte, y la muchedumbre popular erizada de picas, manchada de barro y miseria, embriagada de sangre y de incendiarias arengas, tocada con la cucarda tricolor como un desordenado ejército que avanza hacia la libertad y la democracia; así hizo resurgir la dramática vida de Cromwell y de la Inglaterra de su tiempo, y la vida de Federico el Grande; así trazó las fulgurantes estampas de «Los Héroes» y escribió los extraordinarios capítulos de historia social y espiritual del *Sartor Resartus*.

Cuando Carlyle salía de su modesta casa y recorría las quietas calles de Chelsea, y los jardines de *Cheyne Walk* que se asoman al río, le salían al paso las sombras de los que fueron vecinos del lugar. A la del Lord Canciller se unía la de otro decapitado, el Duque de Monmouth, el hijo de Carlos II, a quien Jacobo envió al cadalso, y la más torva de Ricardo de Gloucester, cuyas manos están aun teñidas de púrpura, y su trágica corona y su usurpado cetro salpicados con la sangre de los hijos de Eduardo y de sus propios hermanos. Tropezaba también, aquí y allá, con más serenos fantasmas: la taciturna figura de Erasmo que meditó, junto a la ribera del Támesis, los discursos del «Elogio de la locura» y de los «Coloquios»; el pálido rostro de Adisson, a quien Macaulay imagina cuando, después de haber escrito un artículo destinado al *Spectator*, salía de su gabinete de Chelsea con las cuartillas en la mano y se dirigía al jardín para repasarlas a la sombra de un árbol; la obesa estampa de Walpole, que mascullaba allí los apóstrofes de sus discursos; la nerviosa silueta de Swift, crispados los labios por amarga sonrisa; la sombra grave y pensativa de Newton, que interrogaba con sus ojos los misterios de las esferas; los fantasmas de Smollet y Fielding, que discutían los personajes de sus novelas; el poeta Gay, que escuchó las confidencias de Adisson cuando éste agonizaba; el filósofo Locke y, tantos otros todavía, artistas, pintores: Turner, Dante Gabriel Rosetti, Whistler que dieron a Chelsea romántico prestigio.

El recuerdo de su amigo Emerson debía asaltarle, sobre todo, pues con él había discurrido por los jardines de la ribera, y soñaba volver a hacerlo todavía, como lo había hecho por la solitaria campiña de Craigenputtock cuando el filósofo americano llegó por primera vez al destierro del filósofo inglés.

Sin embargo, aquel barrio, con sus recuerdos históricos, literarios y artísticos no se asemeja ni al Barrio Latino, ni a Montmatre, ni a Montparnasse. Parece más bien un rincón burgués de provincia con sus calles desiertas y silenciosas, sus viejas casas de escasa altura y su avenida costera, bordeada de sombreados jardines que se asoman al Támesis. La opuesta orilla, poblada por la frondosa vegetación de Battersea Park, da aun mayor color bucólico al cuadro, enturbiado, a veces, por el humo de los pequeños y recios vapores que surcan las aguas arrastrando convoyes de pesadas embarcaciones.

El paisaje fluvial trae el recuerdo de Turner, que vivió allí, a un paso, en una de las casas que miran al río desde *Cheyne Walk* y cuyas fachadas de desnudo ladrillo recuerdan la época de la reina Ana. A través de los cristales de su estudio, el precursor del im-



presionismo sorprendió el secreto de la descomposición de los rayos solares al atravesar la niebla que se levanta del río Támesis y se puebla de irisados dardos que ofrecen los extraordinarios efectos de luz y color, que el pintor aprisionó en sus telas. Aquí está todavía intacto el paisaje original que llevó a sus cuadros, la vaporosa claridad, los rayos del sol poniente, la irisación de la niebla, el halo multicolor que envuelve las formas y les da fantástico aspecto, el penacho de humo que brota de las chimeneas, la indecisa y trepidante mancha de la ribera lejana, la vibración de la luz convertida en rojo incendio.

El parquecillo fluvial que se tiende a lo largo de Chelsea, que es lo que resta del famoso Jardín Ranelagh, donde se reunió una sociedad ligera y despreocupada, semejante a la que concurría a los bailes de Marlit de los Campos Elíseos, como todos los jardines de Londres está defendido por una verja de hierro. En un pequeño rincón de fronda se tropieza con la estatua de Carlyle. Los añosos árboles y plantas, no se sabe por qué, dan la sensación de cosa antigua. El autor de *Sartor Resartus* se halla sentado en actitud meditabunda. Viste una amplia hopalanda que disimula el traje burgués, y calza gruesos zapatones. El observador imagina, al mirar la estatua del escritor, que es éste uno de los escasos visitantes que se asoman al jardín de barrio donde rara vez se encuentran niños y parece que no se oyera cantar a los pájaros.

Allí está Carlyle, fundido en bronce, con las manos posadas sobre el regazo y la mirada perdida en la lejanía del paisaje. Poco hay en la estatua que revele la presencia de aquel original espíritu y del genial escritor. Quien se sienta en el banco de hierro que hay frente al pequeño monumento e intenta dialogar con el hombre de bronce cree tener delante, más que al a veces excéntrico artista, a un humilde pastor de barrio que ha olvidado abotonarse el alzacuello. Sin embargo, en la frente, debajo de la leonina cabellera se adivina el numen y se advierte que algo de sarcástico asoma a los entornados ojos. El bronce traduce, tal vez, lo que de violento y áspero hubo en él, pero, en cambio, no acierta a expresar los matices de aquel extraordinario carácter hecho de contrastes, en que el rugido del león se mezclaba con la elegíaca queja, la dureza del juicio con la ternura del corazón. Mejor lo hizo el pincel de Millais en el retrato inconcluso que se conserva en la Galería Nacional de Retratos, en el cual aparece el filósofo y el historiador en todo el desorden de su personalidad, con su hirsuta cabellera, su adusto seño, su chispeante mirada, sus labios crispados por una sardónica mueca, sus manos finas y nerviosas que tan admirablemente manejaron la pluma y la convirtieron, casi siempre, en escal-

pelo que llega hasta la esencia del alma humana, en buril que graba con colérico y, a veces, melancólico acento, la lámina de cobre del aguafuertista, o en mordiente que se derrama con avidez sobre ésta.

A cien pasos de la estatua está la casa del escritor. No hay más que salvar el portillo del parque, cruzar la calzada y remontar la calle de *Cheyne Row*. El número 26 señala la puerta de la modesta morada del filósofo. Es una casita burguesa de tres plantas, un subsuelo y una pequeña buhardilla, que se confundiría con las demás casas del barrio si no fuera que, en el muro de la fachada de ladrillo desnudo, hay empotrado un medallón de bronce que reproduce la cabeza de Carlyle. La pequeña reja de hierro, como en todas las casas inglesas, defiende la escalera que conduce al subsuelo. Cuatro peldaños de piedra, dos pilastras y un dintel con simple cornisa sirven de pórtico a la casa. Los tres órdenes de ventanas, discretamente veladas por cortinas, la buhardilla cubierta de pizarra, en la que se abre un pequeño tragaluz, la calma y el silencio de la calle y el sentimiento de paz e intimidad que reina en el barrio alejan toda impresión de magestad y grandeza y sugieren la idea, a quien se aproxima a aquella casa y tira del cordón de la campanilla, que va a hacer una visita de cortesía y que, al entreabrirse la puerta, será preciso preguntar:

—¿Está en casa el señor Carlyle?

El señor Carlyle, a quien ya se ha visto en efigie en el parque y en el muro de la fachada, no está en casa; pero está en ella, una parienta del filósofo que es quien, en forma a la vez recatada y cordial, recibe y conduce al visitante por el oscuro pasillo hasta el salón, como si debiera esperar allí al dueño de casa. La figura alta y delgada de aquella dama vestida de negro, de grises cabellos alisados y recogidos en un simple moño, y en cuyo noble rostro surcado de hondas arrugas ya nada queda de juventud, como no sea la vivacidad de la mirada, evoca el recuerdo de algunas mujeres que se ven pasar por las páginas de Dickens y de Balzac. Ya en el salón, iluminado por la luz gris que filtra por las ventanas que caen sobre la calle, aquella dama, con sus delgados brazos y sus finas y alargadas manos señala los objetos y habla de ellos como quien describe un paisaje. Su voz evoca el recuerdo del filósofo y lo sitúa en el intacto salón que, realmente, adquiere vida y recobra la expresión de los pasados años. No parece sino que el señor Carlyle, va a aparecer en el marco de la puerta para recibir al visitante.

No aparecerá, nó; pero su sombra anda por aquella casa, se pasea por la sala, simple y cordial, de cuyos muros cuelgan los retratos de familia, se asoma a la ventana para contemplar el cielo plomizo

y las copas de los árboles del parque envueltos en la niebla que se advierten detrás de los techos de las casas del barrio, aviva el fuego de la chimenea, franquea el umbral del estudio en que están sus libros, sus manuscritos, sus cartas, sus papeles, sus objetos personales, cruza el comedor en cuya chimenea arde el fuego, desciende por la escalera interior a la cocina que está intacta con su hogar, su horno, su bazar, su menaje, y en donde Mrs. Carlyle hizo prodigios, y a donde él solía bajar para hacerle compañía. Escaleras arriba, se asoma a la alcoba donde está su lecho de madera y la vieja cómoda que guarda las ropas de gala del escritor junto con el birrete de terciopelo y la manta con que se cubría. Desde la pequeña ventana se domina el jardinillo de la casa y los viejos muros de ladrillo de las construcciones fronterizas. De nuevo en el estudio se aposenta en el sillón de cuero en cuyo atril hay un infolio abierto, y en cuyo tablero se amontonan las cuartillas cuya tinta parece fresca todavía, aunque hace casi cincuenta años que reposan en la vitrina donde se exhiben los manuscritos y las cartas del ilustre escritor.

¡Misterioso poder de evocación de las cosas! ¡Cuánto más se toca aquí al hombre, y se penetra su vida, y se adivina su carácter, y se comprenden sus debilidades, y se admira su grandeza que frente a la impasible estatua de bronce! ¿No es, acaso, este, el verdadero y perenne monumento que ha podido levantarse a su memoria? Quien penetra en este pequeño templo del recuerdo y ve imaginativamente vivir, y pensar, y sentir al hombre, y luego lo vuelve a encontrar en sus libros, ¿no entra, acaso, mucho más hondamente en su intimidad, sobre todo en su intimidad humana, que quien lee solamente a sus críticos o va a contemplar su estatua en el parque vecino?

## II

### EL DIALOGO Y LOS INTERLOCUTORES

Entretanto, la voz de la vieja dama suena en la sala como un eco lejano.

—Aquí se sentaba el señor Carlyle, y aquí su amigo el señor Emerson, y señala el viejo sillón de cuero y el mullido sillón de tapicería colocados junto a la chimenea. En esta sala hablaron durante largos días, en tanto la señora Carlyle bordaba o preparaba el *punch* para ambos.

El diálogo entre los dos filósofos parecía prolongarse en la dulce voz y difundirse por la sala acariciando los retratos de familia, los libros, los manuscritos, el busto de mármol, las viejas

piezas de porcelanas, los muros, el lustroso pavimento, el bajo plafón del techo.

El diálogo, en realidad, había desbordado aquella sala, aquella casa, la ciudad, el mismo océano. Se había iniciado en 1833, en Kraigenputtock, un solitario lugar de Escocia, se mantuvo epistolarmente, se reanudó en la casa de Chelsea, varias veces, y se extinguió con la melancolía de la vejez que puso largas pausas en las cartas, y las hizo cesar al fin, aun cuando los corazones de ambos amigos conservaron intacto el afecto hasta que dejaron de latir.

En esta misma sala en que tanto habían conversado permanecieron también largas horas silenciosos durante la última visita. No se habían visto hacía muchos años y, al reunirse de nuevo en el otoño de la vida en la sala de Chelsea, nevadas ya las cabezas, ellos que tanto habían conversado y cuya correspondencia es un desbordamiento de mutuas confianzas, no atinaron a reanudar el diálogo y, luego, se despidieron hasta la Eternidad.

Este diálogo, que duró cuarenta años, es extraordinario. En él se ve y se siente vivir y pensar a los interlocutores. Y vida y pensamiento en estos hombres excepcionales es siempre un gran espectáculo. Además del pensamiento desborda en este diálogo la sensibilidad, y esto es mas singular cuando se trata de un filósofo como Emerson, a quien se puede suponer absorbido por la especulación, y un pensador como Carlyle, que da la impresión de haber sido un hombre acorazado contra el sentimiento, dispuesto siempre al juicio áspero cuando no agresivo. Sin embargo, son inagotables los tesoros de ternura que se descubren en la intimidad de estas dos almas.

Emerson, «el buen pastor matutino de los prados pálidos y verdes», como le llama Maeterlinck, el poeta, el hombre de la serenidad, en cuyo alma parecía reflejarse algo del tranquilo paisaje de las llanuras de su país natal y de la juvenil simplicidad de la sociedad en que había nacido y en cuyo seno vivía, tenía, sin embargo, afinidades con el espíritu de Carlyle que pocos han advertido. Carecía del genio y del numen del pensador inglés; pero, dentro de su apasible vida burguesa, sentíase, a veces, agitado por ideas, inquietudes y rebeldías que, sin el fuego, ni la elocuencia, ni la plasticidad, ni el acento profético que imprimió Carlyle a la expresión de su pensamiento para con las verdades consagradas, mente en gestos de mal humor y de «la verdad brutal» y la doctrina en extraños conceptos, como el de la negación, por vía anecdótica, de la caridad y de los vínculos naturales frente al genio, en el rechazo de la lección del

pasado, de la tradición, del sentido espiritual colectivo y de muchos otras cosas venerables, a las cuales oponía su indeclinable individualismo, su «yo trascendental», su egolatría y su egoísmo. Nada de esto se compadecía, sin embargo, con el hombre simple y bondadoso que sólo aspiraba a la serenidad de la vida rural, al goce de los afectos domésticos, al calor del hogar, a los sanos placeres burgueses, a la especulación mental o la contemplación de la naturaleza y a buscar en ésta el secreto del canto y de la poesía. Sucesivamente aparecen en sus páginas el poeta filósofo y el filósofo poeta. No creó al héroe, pero sí al arquetipo. La iglesia unitaria a que perteneció como pastor hasta que se indispuso con ella, dejó en él un fondo de misticismo que se refugió en la revelación interior, agena al dogma, y en el panteísmo, que le permitió sumergirse en el alma universal, como lo hizo Carlyle en el «inefable misterio». Su reino era el de la abstracción, y justo es reconocer que, habitualmente huía de las regiones glaciales y sombrías, de las críticas mordaces, de las negaciones severas, de los juicios sin remisión.

Carlyle fué, sobre todo, una unidad; Scherer dice que no hay escritor que le aventaje en esto; era el hombre tempestuoso; el «gigante», como lo llamaba su amigo. Su agitada sensibilidad y su convulso pensamiento se asociaban para crear la más extraordinaria literatura en que el humorismo, la mordacidad, y la violencia se unían a la adivinación profética, al juicio esencial. En su obra se mueven, agitan y retuercen, como en los pórticos barrocos, las ideas, los sentimientos, los personajes, la historia humana encarnada en sus héroes y sus multitudes y rodeada por sus pasiones, sus vicios, y sus crímenes.

Taine, que lo admiró sin amarlo, dice que para penetrar sus libros «se está obligado a descifrar una nueva lengua»; que allí todo es nuevo: «las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario»; que todo es violento: las expresiones y las cosas; que «confunde todos los estilos y mezcla todas las formas, acumula las alusiones paganas, las reminiscencias de la Biblia, las abstracciones alemanas, los términos técnicos, la poesía, el *argot*, las matemáticas, la fisiología, las palabras antiguas, los neologismos». ¿Qué más para decir que es esto un almacén de extravagancias, un verdadero pandemónium? Pero, ¿qué almacén y que pandemónium! ¿Cuándo se vió cosa igual en la literatura inglesa? Y qué pocas veces se ha visto en la literatura europea. Samuel Johnson, si no en su obra, sí en su vida, en su carácter, en sus excentricidades, en su genio, en fin, tiene algo de todo esto; pero, ¿qué lejos estuvo de expresarlo como lo hizo el filósofo de Chelsea! Hay en las letras

inglesas otros escritores y poetas de vuelo genial que le aventajan en muchas cosas; pero ninguno se le parece. No ha de buscársele tampoco parangón en las literaturas de origen greco-latino, pues este fué un genio de la raza nórdica que nada tiene que ver con la claridad y el equilibrio romano, ni mucho menos con aquello que era el supremo ideal griego: *sofrosine*, contención, moderación, serenidad, armonía. Para hallar parangón a este moderno profeta que se remontó a las regiones inasequibles del «caos» y dijo cosas que, a veces, parecen incomprensibles, hay que recurrir a textos que sería una irreverencia nombrar.

Dice Carlyle que «para conocer una cosa, lo que nosotros realmente podemos llamar conocer, es necesario, antes que nada amarla». Acaso podría decirse: amarla u odiarla, lo que nos acercaría al concepto de Menéndez y Pelayo que sostiene que la pasión debe intervenir en la obra del historiador; que éste no puede ser un espectador insensible de los hechos y mucho menos, agreguemos nosotros, del drama interior del hombre.

Taine ni amó ni odió a Carlyle, y acaso por eso no advirtió que, junto a las extravagancias del pensador, que eran producto de su genio, y a las excentricidades del escritor, que obedecían a la necesidad de crear una forma de expresión que concordara con su mundo interior, había una sensibilidad viril pero finísima, una aptitud que le permitía advertir los más sutiles matices de la Naturaleza y de la actividad espiritual, un don de ternura de que pocos hombres han estado dotados. Fué, como se quiere, un profeta y un predicador. Pocos ha habido en la historia moderna que tuvieran un concepto más personal y más hondo de eso que él llamaba «lo divino», «lo eterno», «lo inefable», «lo celeste», «el misterio» y que, a menudo, le escribía con letra mayúscula para darle mayor valor simbólico. Pero, a veces también el símbolo se develaba. En su teoría de los héroes considera a éstos como emanación del Todopoderoso y acuerda a sus acciones el valor de revelación. Pero aun va más allá y su lenguaje adquiere entonces claridad meridiana para decir verdades como estas contenidas en *Pasado y Presente* que, aplicadas a la Inglaterra de mediados del siglo pasado, podrían ser repetidas hoy como ayer para aplicarlas al mundo entero: «Hemos olvidado a Dios; hemos cerrado tranquilamente los ojos a la sustancia eterna de las cosas y los hemos abierto a la apariencia y a la ficción. Creemos que este universo es, en el fondo, un gran Puede Ser ininteligible... Ya no hay más Dios para nosotros. Sus leyes han sido traformadas en principios de la más grande felicidad posible, en oportunidad parlamentaria; el cielo no alza su cúpula sobre nosotros».

más que para proveernos de un reloj astronómico, de un objeto para la curiosidad de los telescopios de Herschel, de materia que sirva a las fórmulas matemáticas, de pretexto para sentimentalismos... No hay religión, no hay Dios. El hombre ha perdido su alma y busca en vano la sal pútrida que impedirá que se corrompa su cuerpo». He ahí al místico, al religioso y al profeta.

El filósofo no le iba en zaga. Es tan original como el escritor, como el místico, como el religioso, como el historiador. Claro que no parte de la Revelación ortodoxa. El hombre es para él un misterio; lo es en su origen y en su destino. ¿«De dónde venimos nosotros? pregunta, ¡Oh, Dios! ¿a dónde vamos? Los sentidos no lo conocen; la fe tampoco; solamente sabemos que venimos de un misterio y vamos hacia otro misterio; ¡de Dios y hacia Dios!» El cree que lo contingente, la realidad grosera, que es origen del utilitarismo, no es lo esencial; lo esencial es la realidad del misterio y conocer el misterio mismo, no mediante el microscopio, los tubos de ensayo y las reacciones de la materia traducidas en fórmulas químicas, sino mediante la penetración espiritual del mismo misterio. De este concepto surge una metafísica que no se resuelve en definiciones ni fórmulas; pero que traslada los fenómenos del sér y del conocimiento a esferas superiores, a que la inteligencia sólo puede aproximarse mediante la iluminación de que es capaz la elevación del espíritu, de la imaginación y del sentimiento. De esta posición filosófica surge naturalmente un estado propicio al misticismo y al panteísmo que hace caer a Carlyle en el arrobamiento y la embriaguez de la Divinidad, que se le presenta en todas las apariencias y formas de la Naturaleza y que le sumerge en la eternidad de Dios.

Esta filosofía, que es casi una teodicea, fué la que opuso Carlyle al utilitarismo árido de Stuart Mill y a las definiciones spencerianas que tanta boga tuvieron en Inglaterra y fuera de ella, y tanta influencia ejercieron en el orden político, social y económico. Frente a la escuela oficial que preconizaba una religión de hábito y mecanizada, una filosofía que conducía al materialismo, y una ciencia negativa del ideal, él predicó la elevación del espíritu a Dios, el reconocimiento de la eterna causa, origen y fin del hombre, el culto de la ciencia como revelación de una fuerza ordenadora superior a la inteligencia humana. «La ciencia sin veneración es estéril y puede ser venenosa. El hombre que no puede venerar, que no sabe venerar y adorar habitualmente, aunque sea presidente de cien sociedades reales y lleve en su cabeza toda la mecánica celeste y toda la filosofía de Hegel y el compendio de todos los laboratorios y de todos los observatorios, con sus resultados, no es más que un par de len-

tes detrás de los cuales no hay ojos». Y agregaba: «Ese sublime universo, en la más insignificante de sus provincias, es, en realidad, la ciudad de Dios llena de estrellas; a través de cada estrella, a través de cada brisna de hierba, sobre a todo, a través de cada alma, resplandece la gloria de la presencia de Dios».

Sobre esta filosofía edificó su concepto de la historia, del héroe y del heroísmo. Contra la doctrina determinista de Buckle que afirmó que los grandes hombres, como todo, son producto de fuerzas ciegas y fatales y no agentes activos y conscientes capaces de crear la historia, él afirmó que el héroe, que es emanación del eterno misterio, es el que hace la historia. «El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito, dice, . . . la inspiración del Todopoderoso le da inteligencia y lo que anuncia, verdaderamente es una especie de revelación».

No hay historiador más probo, pulcro y exigente en su información que Carlyle. «La ficción, la imaginación, la forma imaginativa, dice, cuando no son el vehículo de alguna verdad, es decir, de un hecho de algún género, ¿para qué sirven?». Taine, que tantas reservas le opuso, reconoció la veracidad del historiador y el trabajo de benedictino con que buscó la verdad en libros, documentos, lugares, ruinas, reliquias y tradiciones que pudieran conservar rastros del hecho histórico, no obstante haberlo considerado como un extraordinario animal, resto de una raza perdida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no se ha hecho para él».

La vida de Carlyle, humilde, dolorosa y reconcentrada correspondió a su genio. Sobre la oscuridad de su retiro y sobre su modesto hogar iluminado por el amor, la devoción y la abnegada paciencia de su compañera, a la que tanto amó, no cesaron de cernirse las tempestades que provenían de su atormentado mundo interior.

### III

#### LA AMISTAD INMARCESIBLE

Cómo se logró la fusión del sereno y feliz filósofo y poeta de los lagos americanos con el salvaje e hirsuto hijo de las montañas, los torrentes y los bosques escoceses. ¿Cómo? Más que por el pensamiento, la doctrina o el temperamento, más que por el concepto del hombre y de la sociedad que ambos tuvieron o por el juicio que los sucesos pasados y contemporáneos les merecieron, por la atracción moral y espiritual, por la amistad, por el afecto, por la ternura; por que estos dos ejemplares tan distintos de la especie, el sencillo y aparentemente impasible Emerson y el complicado y delirante Car-



lyle estaban tan admirablemente dotados de sentimiento y de ternura que, en la intimidad, sentían el corazón desbordado y se volvían niños.

He ahí una maravillosa amistad que fué superior a todas las circunstancias: la diferencia de cultura y de temperamento, los desacuerdos y divergencias intelectuales y espirituales. El afecto se mantuvo fresco e intacto como flor inmarcesible y solo pudo ser extinguido en la tierra por la muerte.

Mientras suena la dulce voz de la vieja dama y ella nos hace recorrer la casa, desde la sala a la cocina, subiendo y bajando las vetustas escaleras de madera que se quejan, y nos conduce al jardinillo, y nos lleva nuevamente al gabinete de trabajo, y nos insta a sentarnos a la mesa del filósofo y a recorrer los legajos de manuscritos, es profundamente poético y consolador evocar, en el recogimiento de la casa de Chelsa, que es como una isla de silencio en medio del torbellino de Londres, el diálogo de los amigos que duró cuarenta años y cuya versión se conserva en las amarillentas cartas que parecen cobrar voz y repetir quedamente las palabras que pronunciaron y escribieron Carlyle y Emerson.

Los dos amigos se vieron por primera vez en el año 1833, en Craigenputtock, un desierto lugar de Escocia en el que el escritor inglés, tocado ya de misantropía y pesimismo, había buscado refugio y soledad con su esposa. El entonces joven Emerson, deslumbrado por la violencia del pensador y la originalidad del escritor, llegó como peregrino hasta el lejano lugar, ansioso de conocer a aquel hombre, tal vez el único que realmente le interesaba en la Inglaterra de aquella época.

El había, de tiempo atrás, anotado el nombre de Carlyle entre los críticos que colaboraban en los periódicos ingleses, como el autor de los ensayos más originales y profundos de su tiempo. Consideraba éstos como obra de un hombre de fe a la vez que dotado de alta inteligencia que ofrecía en sus escritos tanta amenidad como erudición y que, aun cuando pertenecía a la escuela de los filósofos pesimistas y burlones, no se avergonzaba de esperar y de hablar sinceramente. Se sentía deudor ante él porque su luz había penetrado su espíritu en la soledad intelectual de su inmenso país carente todavía de cultura.

La iniciación del diálogo se produjo frente al melancólico paisaje de las landas escocesas pobladas de los ecos de las leyendas y la historia, que parece que hallan su voz en las ruinas de los castillos y abadías destruídas por las guerras y el paso de los siglos. «Siempre conservaremos el recuerdo de aquel domingo de otoño que



lo llevaba a veces a saltar todas las barreras, y a estampar las más extraordinarias cosas, sin percatarse de las ideas y de los sentimientos que hería. Fué así cómo la forma agresiva y mordaz en que a menudo expresó su sentimiento religioso indudable, su concepto confesional y aun su singular misticismo, si lo indispuso con la Iglesia Romana, más lo indispuso con la Iglesia de Inglaterra y con todas las sectas protestantes. Sus opiniones sociales y políticas, expuestas también con el mordiente del humorismo que, a cada paso aflora en las reflexiones del Profesor Teufelsdröckh del *Sartor Resartus*, en la *Revolución Francesa* y aun en *Los Héroes*, le indispusieron también con las clases dirigentes inglesas, sin que lograra conquistar tampoco la simpatía de las masas populares que, por entonces, no tenían unidad ni organización. Tal vez fué esta la causa de su retraimiento y de su vida solitaria. Cuando su genio le abrió todas las puertas, había adquirido ya el hábito de la soledad y del pesimismo que le hizo huír de la sociedad para seguir viviendo su melancólica vida de monje laico, aunque sin abandonar la militancia de la pluma.

Esta misma carta contiene una dolorosa confidencia. Le anuncia en ella a su amigo que había abandonado el refugio de Craigenputtock, donde habían vivido días inolvidables, y que se hallaba en Londres buscando «pan y trabajo». «Me veo frente al porvenir más agobiante, más sombrío», le decía «¡Estoy solo, solo!» Y recuerda que su padre, ya muerto, en sus devociones de la noche tenía la costumbre de formular esta plegaria: «Podemos decir: no estamos solos, porque Dios está con nosotros». El agrega sarcásticamente esta breve moraleja: «¡Amén! ¡Amén!»

Vuélvese luego a su amigo para decirle en un rasgo de ternura que contrasta con lo anterior: «Sepa también que su antiguo lecho está aquí, en una nueva habitación, y que la bienvenida de la vez anterior le espera en la puerta de esta casa». La carta se cierra con un postdata en la que le anuncia la muerte de Coleridge. «¡Cuántas grandes promesas y que escaso resultado!», es el *De Profundis* que reza por el poeta inglés.

El 20 de noviembre, desde Concord, Emerson le escribe una larga carta que encierra esta frase que, en la pluma de un filósofo y de un anglo-sajón, y sobre todo de Emerson, es realmente extraordinaria: «Si me es permitido emplear esta expresión diría que doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de usted». Le hace en seguida el elogio del *Sartor Resartus*; y le reprocha sus dudas sobre el Profesor Teufelsdröckh, «Desgraciado en el sentido terrestre, eso le confiere el signo de una especie superior y sagrada». Le dice

que prefiera la impopularidad del *Sartor*, al que llama poema filosófico, a la *adulación* de que era objeto Goethe, de quien confiesa que comenzaba a conocerlo mejor, pero que no podía admirarlo sin reservas y aceptar sin reproche que su amigo le hubiese acordado la apoteosis.

Carlyle que, además de amar a Goethe, estaba saturado de cultura alemana, y cuya posición a este respecto fué muy semejante a la de Renán, contesta extensamente esta carta el 3 de febrero siguiente. Al hacerlo explica su posición frente al gran poeta alemán. «Le diré en una palabra, dice, porque amo a Goethe: es el único espíritu sano de alguna extensión que he descubierto en Europa después de numerosas generaciones; es él quien por la primera vez me ha gritado con fuerza convincente puesto que he visto la realización: Ve, en esta escandalosa generación escéptica, epicúrea, cuando todo se ha ido menos el hambre y el canto, es posible todavía que el hombre sea hombre. ¿Cómo testimoniar demasiada gratitud por este último evangelio, confirmación y rehabilitación de todos los otros evangelios cualesquiera que fuesen? Por otra parte, agrega, supongo que usted no conoce por ahora en Goethe más que al *pagano*; pero pronto conocerá al *cristiano* y lo amará mucho más.»

No obstante este y otros juicios semejantes en que Carlyle abundó en varias de sus obras, él que tan poseído se hallaba del espíritu germánico y tanto admiraba al poeta, no se decidió a incorporar a Goethe a la *Walhala* de sus héroes, aunque le hizo el más fervoroso elogio en su famoso libro, y aun dijo que, dentro de su libérrima elección, el poeta alemán habría sido «el modelo, el ejemplar del héroe como hombre literario». Con todo ello, pudieron más razones circunstanciales para que Carlyle optara por Samuel Johnson, Juan Jacobo Rousseau y el poeta Burns para ofrecerlos como arquetipos del héroe hombre de letras. Dentro de la poesía pura Burns venció a Goethe, aunque es difícil el parangón entre ellos.

Flaquezas del cuerpo avivaban en aquellos días su pesimismo y le hacían exclamar: «mal de salud y de nervios, no tengo en mi horizonte nada que se parezca a una aurora». Sufrió por la lentitud con que llevaba adelante el libro sobre la *Revolución Francesa* que tenía entre manos, y decía a su amigo con abandono: «su alma bondadosa se llenaría de piedad»... «Dados mi hígado y mis nervios, es el más terrible trabajo que jamás haya emprendido; todo, en los innumerables libros que he consultado es tan inexacto, tan superficial, ¡tan vago!»

Su amigo, desde Concord, el 30 de abril, con el objeto de consolarlo y ofrecerle nuevos horizontes y posibilidades, le hablaba de

la conveniencia de un viaje a los Estados Unidos y de la organización de un curso de conferencias, idea que pareció interesar a Carlyle. Había pensado y soñado en esto toda una semana y seguía planeando el proyecto. Boston podría ofrecer un ambiente favorable. Allí, como Emerson había tenido público en un curso, durante el cual habló sobre Lutero, Miguel Angel, Milton, Georges Fox, Burke, etc., La Religión, el arte, la poesía, la política, la historia habían interesado al auditorio. Carlyle podría hablar sobre Goethe, a quien tanto amaba, y sobre Schiller a quién le fué necesario hacer grandes esfuerzos para amar al poeta alemán y ser su amigo. Además, podría agregar algunos «sermones laicos».

El momento era propicio. El *Sartor Resartus* se estaba leyendo con interés y con un poco de escándalo en los círculos intelectuales americanos, y los ecos de este éxito, traducido en la venta de ejemplares en librería, llegaban a conocimiento de Carlyle que sufría, en cambio, con la indiferencia de los lectores ingleses. El 13 de mayo de 1835 le escribió a su amigo y le expresó su sorpresa. El éxito americano le parecía sospechoso; pero de todos modos le consolaba del hecho de que en Inglaterra no se vendiera un solo ejemplar del libro. Con áspero tono atribuía esto a todos los círculos e instituciones conservadoras y con tal motivo hacía la aguda crítica del ambiente inglés. «En nuestro pobre país, decía, todo es devorado por el caos estéril de la política; los ministerios caen y suben en un golpe de mano; todas las cosas son un horrible substráctum de ignorancia y de hambre, y todo parece marchar en rápido avance hacia la disolución». No obstante su pesimismo, concluía con estas palabras de fe cristiana: «Mi creencia en una Providencia especial se hace cada vez más fuerte, invencible, inexpugnable». Se había decidido, pues, a escribir los libros que tenía en preparación y para esto sólo pedía un año de salud y de paz. «Dios me lo dará si lo juzga bueno, o bien me privará de él, si su sabiduría así lo dispone».

En esta misma carta Carlyle cumplimentaba a su amigo por su próximo casamiento. «No es conveniente que el hombre esté solo, decía: en verdad los dioses bienhechores, al crear a Eva, nos han preservado generosamente contra este peligro», decía en tono humorístico, y concluía con estas palabras que reflejaban el profundo afecto que profesaba a Emerson: «Que todo les sonría, mi digno compatriota, pariente y hermano».

Malas lenguas atribuyeron a Carlyle veleidades galantes que, en realidad, parecen no caber dentro de su carácter, sus ideas, su moral, su manera de vivir y, sobre todo, del sereno cuadro de su vida conyugal, tan tiernamente admirada por Emerson que, en esto,

ayudado por el bienestar económico, igualó y, acaso, superó a su amigo, como lo veremos más adelante. El filósofo tuvo una esposa ejemplar, culta, devota de la gloria de su marido, abnegada, cuyo dulce carácter y cuya tierna comprensión fué el refugio en las tempestades que a menudo azotaban el espíritu del grande hombre. Clarin la califica de mujer superior por el talento, por la sensibilidad y «sobre todo, por la superioridad más genuinamente femenina, por la abnegación dulce, graciosa de la mujer que tiene una especie de culto clásico, elegante del deber que la ata a su hogar con lazos que Dios aprieta».

Tengan o no fundamento las voces que atribuyeron debilidades galantes al filósofo, el hecho es que en el diálogo epistolar mantenido con Emerson durante cuarenta años no hay una sola alusión a ella: ni una frase, ni una palabra que lesione la fidelidad del filósofo, y sí muchas, procedentes de ambos amigos, que afirman el amor, la ternura, el sentimiento de fidelidad que unió a los esposos.

## IV

## CONFIDENCIAS, JUICIOS E IMPRESIONES

Emerson creyó siempre en Carlyle, en la virtualidad de su obra literaria y en sus adivinaciones proféticas. Se propuso difundir sus libros en los Estados Unidos, y, aun cuando no era hombre rico, decidió convertirse en su editor de ultramar. Comenzó por disponer una reimpresión de 500 ejemplares del *Sartor* para que fuera vendida a un dólar el ejemplar. Buscaba también con ello lograr recursos para su amigo. Le comunicó su empresa en carta fechada en Concord el 8 de abril de 1836. «No sé que acogida le harán, le decía. No soy muy optimista, porque muchas veces oigo o leo juicios en que se hacen reservas a su estilo. Es extraño, pues yo acabo de leer uno de sus capítulos con verdadero placer».

Antes de recibir esa carta le escribió Carlyle, el 29 de abril. Le anunciaba que en octubre del año anterior había terminado, con enorme esfuerzo, el primer tomo de la *Revolución Francesa*. Estaba enfermo y abatido. Había huído a Escocia, junto a su madre, para descansar. «No hay reposo en ninguna parte para los hijos de Adán», exclamaba con desesperación. Todas las cosas tomaban a sus ojos, en su vieja tierra paterna, aspecto fantasmal. De nuevo en su mesa de trabajo había logrado concluir el segundo volumen. Quedaba aun el tercero. «¡Todavía un esfuerzo y después!... Me parece que ahora huiría a algún rincón muy oscuro del mundo y que permanecería allí un año sin decir palabra. Mi espíritu está fatigado, mi cuerpo

enfermo; un pequeño punto negro baila aquí y allá delante de mi ojo izquierdo (una parte de la arteria que protesta contra el hígado y se declara en huelga). Nada puedo, es necesario que mariposee y baile, como una señal de socorro sin respuesta en tanto que no haya concluido. Mis amigos íntimos me dicen, por otra parte, que mi libro está lleno de defectos, que el estilo es difícil, etc.... Mis amigos, les digo, ustedes tienen toda la razón; pero... yo nada puedo. He ahí la vida que llevo aquí». Y la larga queja termina con esta frase escrita en castellano: «¡Ay de mí!»

Emerson le contesta, y entre muchas palabras de consolación, le dice: «¡Oh, amigo mío! si quisiera usted venir aquí y permitirme cuidarlo y alimentarlo en mi rincón de este vasto continente, le daría gracias a usted y a Dios, mañana y noche; no dudo que en un trinstante le daría excelentes ojos, mejillas llenas y buen humor». Lo instaba a trasladarse a Boston a dar una conferencia sobre la Revolución Francesa y le anunciaba que los quinientos ejemplares de *Sartor* se habían vendido totalmente. Le enviaba su primer ensayo *Naturaleza*, que consideraba obligación de mas importantes cosas, y concluía diciéndole que, a pesar de su resistencia a cruzar el océano se sentía unido a él. «Nos volvemos a encontrar en Dios. Es allí que existimos, de allí que descendemos sobre el Tiempo y sus hechos infinitesimales que se llaman la Cristiandad, el Comercio, Inglaterra, la Vieja y la Nueva».

Carlyle le escribió para agradecerle sus cartas, a pesar de su silencio, que no era olvido, ante la muerte del joven hermano de Emerson. «No digo a usted que no le llore; yo lloro con usted». Y se dice a sí mismo: «Tal vez tus muertos no están lejos de tí, están contigo; están en la Eternidad, que es el Momento Presente, el lugar donde estamos nosotros». El pensamiento de la muerte le arranca palabras verdaderamente inspiradas: «Frecuentemente, en la ruidosa multitud de los vivos, una visión, un rasgo fisionómico nos recuerda el rostro amado; y en esas calles agitadas vemos el pequeño cementerio tranquilo, la tumba que se cubre de hierba, allá lejos, silenciosa, indeciblemente melancólica». «¡Oh, tal vez nos volvamos a encontrar todos allá, y las lágrimas se secarán en todos los ojos! Hay algo de que no se puede dudar: todos nos volveremos a encontrar si tal es la voluntad del Creador».

Se refiere luego a los ofrecimientos de su amigo y al interés que le inspira su salud. «Concord, que he buscado en el mapa, le dice, me parece digna de su nombre; ninguna disonancia me llega de ahí; la pena misma ha logrado lo armonía; en la alegría o en la tristeza una voz me dice: Ve, hay allá alguien que te ama; en tu aislamiento, en tus tinieblas ves brillar bien lejos, allá, del otro

lado de los mares, una luz hospitalaria, hay allá un corazón amigo que vela.»

Seguía enfermo de cuerpo y espíritu, pero no creía que su mal fuera grave; atribuía su estado a fatiga. Esperaba concluir su *Historia de la Revolución Francesa* en dos meses y comenzar a imprimirla el 1º de enero, para terminar en marzo. «Seré un hombre libre; habré conocido pocas felicidades iguales a esta». ¡Ingenua ilusión! Carlyle permanecería toda su vida amarrado, como el galeote a la cadena, a su mesa de trabajo, luchando a brazo partido con las cuartillas que irían amontonándose para formar nuevos y nuevos libros. Jamás tendría libertad, como no la gozan los hombres que tienen verdadera vocación literaria. Siempre su espíritu, hasta los últimos días de su vida, estaría hostigado por la obra inconclusa que lo acechaba como un monstruo, desde un rincón de su gabinete, y le gritaba al oído en los instantes de reposo en que se hundía fatigado en su sillón: ¡Trabaja! ¡trabaja!

El se volvía, sin embargo, sin rencor hacia su obra, y decía que no debía ser calificado de infortunado. «Me ha rodeado durante estos dos años como de una armadura; me ha hecho invulnerable, indiferente a una infinidad de cosas. El hombre más pobre de Londres ha sido, tal vez, uno de los más libres: la muchedumbre aturdidora de los *equipages* y de los que los montan con sus blasones dorados y sus ruedas endiabladas, poco le ha incomodado: ellos seguían su camino, él el suyo».

De lo que sí dudaba era del resultado económico de la obra. «Es un libro que está en oposición con todas las reglas convencionales desde que ellas no traducen una Realidad; un libro donde se declara, más resueltamente cuanto más tranquilo es el tono, guerra mortal a los impostores de peso alto y de peso bajo». A su hermano Jack le había confesado que estaba espantado del libro: «Hay gente que da alegremente la vida por defender errores y semi-errores: ¿por qué no encontrar un escritor que dé alegremente la suya por decir en buen inglés de Escocia, delante de Dios y de los hombres: considero que esas son cosas falsas y medio falsas?»

Esta apreciación de su obra le llevaba a esta conclusión: «supongo que no hay hoy en Inglaterra un hombre vivo que esté menos calificado que yo para obtener empleo o promoción». Aunque, sin duda, exageraba, en el fondo, tenía razón. Ya hemos dicho cual era la posición que le había creado la forma de exponer sus ideas religiosas, filosóficas, políticas, sociales y económicas. No hallaba naturalmente acomodo ni en las iglesias de Inglaterra, ni en las escuelas de Stuart Mill y de Spencer, ni en las gradas del trono, ni en los



partidos políticos agitados por pasiones egoístas, ni junto a los plutócratas que movían la industria y el comercio. En cuento a las masas populares, carentes de unidad y vida orgánica, eran incapaces de escuchar ni comprender la voz del original filósofo. También a su «buen inglés de Escocia» se le hacían demasiadas reservas para que se le abrieran de par en par las puertas académicas. Pocos eran los que advertían el formidable numen poético sólo comparable con el de los profetas bíblicos que iluminaba aquella prosa barroca, aquella endiablada sintaxis, aquellas inesperadas y deslumbrantes figuras, aquellas extraordinarias alegorías, aquellos bruscos pasajes del arrebatado a la serenidad, de la solemnidad a la burla, de la claridad a la oscuridad, de la cólera a la ternura.

El historiador de la Revolución Francesa iba ahora a poner en tela de juicio el prestigio de la realeza y de la aristocracia, y la legitimidad de los privilegios. Con la acerba crítica del orden político, hacía también la disección del orden social y económico, de cuya integridad eran tan celosas las clases dirigentes de Inglaterra. Así como Benezzo Gozzoli en los tremendos frescos del camposanto de Pisa igualó, con patética elocuencia, a los grandes y los pequeños ante la realidad repugnante pero grandiosa de la muerte, el pensador inglés los igualaba también ante la majestad de la historia, luego de despojar a unos de sus oropeles y a otros de sus miserias, y proclamaba con meridiana claridad lo que en forma simbólica y de difícil comprensión había expuesto en el *Sartor* por boca del extravagante Profesor Teufelsdröckh: la necesidad de dotar a las viejas sociedades de Europa de un nuevo régimen político, social y económico basado en la dignidad y el derecho igualitario del hombre.

Carlyle, a pesar de sus aparentes dudas, tenía fe en su obra. Frente al libro, casi terminado, exclamaba mezclando el humorismo a una dolorosa confidencia: «Tengo ahora cuarenta años y soy di péptico en el más alto grado; soy un hombre que parece no tener ninguna esperanza y, sin embargo, lleno de eso que yo llamo una esperanza desesperada».

En esta carta daba noticia a su amigo de algunos otros trabajos literarios, especialmente del ensayo sobre el *Collar de la Reina* por el cual Fraser, el editor de la *Fraser's Magazine* le había pagado 50 £. «Creo que es el primer chelín que me ha producido mi profesión en mis últimos cuatro años, le decía; me quedo estupefacto cuando me pregunto de dónde ha salido el dinero con el que he vivido durante el tiempo que he escrito gratuitamente; y, sin embargo, ha salido, puesto que estoy aquí, y no tengo más obligación que con el cielo, lo que es una cosa importante». Prevenía a su amigo contra la *London Review* comanditada por Stuart Mill, a la

que le había entregado gratuitamente su *Mirabeau*. Se trataba de un periódico inspirado por un estrecho radicalismo. «No abra usted sus páginas porque de cada una de ellas sale como un soplo de Sahara y del infinito desierto». Esta era una de sus llagas dolorosas. La filosofía utilitaria inglesa que confinaba con el materialismo que, por lo menos, prescindía de la metafísica y olvidaba la soberanía del espíritu, era constante motivo de sus angustiosas reflexiones.

El 13 de febrero de 1837 volvía a escribirle y le hacía un finísimo juicio sobre el ensayo de Emerson *Naturaleza*. Le encontraba la alegre serenidad de alma con que el filósofo consideraba la permanencia en la tierra, el oído atento a las eternas melodías «que cantan en los vientos a nuestro alrededor y se expresan en todos los tonos, todos los espectáculos y todas las cosas». Alguien le había dicho que Emerson era el único hombre en América que había logrado consagrarse a su vocación literaria. Ese pensamiento le entristecía pero exclamaba en seguida: «Sea uno al menos, sea el primero, que luego vendrá el segundo y el tercero. Es un pobre país aquel en que todos los hombres están vendidos a Mamón y no puede producir más que caminos de hierro y explosiones de elocuencia parlamentaria». Este juicio en tangencia sobre Estados Unidos lo complementaba con este más tremendo sobre la vieja Europa: «nosotros también estamos vendidos a Mamón en alma, cuerpo y espíritu», pero agregaba que Mamón no quería pagarle a su país, pues dos millones trescientos mil irlandeses no tenían suficientes patatas para alimentarse.

Le decía también que la *Revolución Francesa* estaba terminada. Dos impresores trabajaban en ella. Se refería al estado de espíritu en que había escrito la última palabra de su obra, una noche de los primeros días de enero, cuando el reloj daba las diez y cuando se servía su frugal comida de Escocia. «No lloré; no oré tampoco; pero me sentía capaz de una y otra cosa. Es necesario que durante algún tiempo no vuelva a someterme a tal hechizo». Consideraba a su libro como un miserable aborto que no dejaría satisfecho a nadie, ni a él mismo, y del que no sabía si su verdadero sitio no sería el fuego. La confidencia se prolongaba, pero en las entrelíneas se advierte que, en el fondo, sentía una secreta satisfacción de haber escrito aquel libro. «En el verano, cuando irá a reposar a un sitio cualquiera, en un sueño tan profundo como sea posible».

Emerson le comentó desde Concord el 31 de Marzo de 1837. Había recibido y leído el *Mirabeau*, el *Collar de la Reina* y una hoja de alba, símbolo de la *Revolución Francesa* terminada, de la cual sólo tenía un capítulo en prensa. El *Mirabeau* establecería, según el filósofo norteamericano, el reinado de su amigo en Inglaterra. Era

un trueno y todos tendrían que oírlo. El *Collar* era el producto de la ciudad del autor, «el aroma de Babilonia». «Creo, le decía, que usted ve como otros tantos cuadros: cada calle, la iglesia, el palacio del Parlamento, el cuartel, la panadería, la carnicería, la forja, el muelle, el navío, y todo eso que se mantiene, se arrastra, rueda o nada alrededor, y todo lo cual usted lo absorbe. De ahí sus alusiones enciclopédicas a todas las cosas posibles, y las virtudes y los defectos de sus páginas panorámicas. Después de todo, eso es propiamente de usted, y es inglés». He ahí un penetrante juicio en que está sintetizada parte sustancial de la técnica literaria de Carlyle.

El inglés, desde Chelsea, el primero de junio de 1837 le anunciaba: «Hace casi un mes que partió, llevando su dirección, un ejemplar de un libro que se llama *La Revolución Francesa*, mal impreso, mal escrito, mal pensado. Pero, en fin, me he libertado, y esto es un hecho que vale todos los otros». No esperaba nada de la crítica: «chismes y murmuración, y todavía murmuración y chismes». Eso es lo que preveía, junto con la sorpresa, ejercitado por el estúpido cerebro del público.

El 13 de septiembre Emerson le contesta. Había leído ya los dos primeros volúmenes y la mitad del tercero. «Usted es un buen gigante que va regocijándose con una vasta y original ambición de divertirse». Y agregaba con profundo sentido crítico: «no siendo cosas bastante fuertes para usted el placer y la paz, prefiere la coraza del dolor, enseñar a la fiebre y al hambre a bailar y cantar. Creo que usted ha escrito un libro maravilloso que durará largo tiempo; ha creado una historia que el mundo tendrá por tal; ha reconocido la existencia de otros personajes, además de los oficiales, y otras relaciones, además de las de la vida cívica». Y más adelante agregaba que en esa historia se encontraban hombres y no solamente nombres; «hombres siempre, aunque a veces desearía preguntarme si esos hombres son realmente seres históricos». Lo tranquilizaba respecto al acento real de su obra. «Sobre este punto no tenga usted inquietud, hombre divino e impío, usted ignora absolutamente el lenguaje hipócrita». Respecto al estilo le decía que jamás había habido otro más rápido; que nada asombraría más que «la audacia de este humor espiritual y alegre, que no se deja dominar ni intimidar por ninguna tragedia ni por la importancia de ningún acontecimiento».

Se extendía aun el juicio y el crítico formulaba algunas objeciones. Decía que el libro podía ser más simple, «de menor eflorescencia gótica»; que se sentía refrigerado cuando, de tiempo en tiempo, se deslizaba en el relato un hecho especial trazado en los tér-

minos precisos de la lengua de los negocios. En cuanto a la pintura de caracteres la consideraba admirable: «las líneas son surcos trazados por el arado».

Le daba luego la noticia de la venta de 1.166 ejemplares del *Sartor*, y se refería a su soledad en aquel país en que existían tan pocos intelectuales, lo que le obligaba a confiarse a su amigo y a todos los maestros generosos. Creía en la necesidad de difundir la cultura; por eso mantenía activa su cátedra. Había dado una serie de doce conferencias sobre la filosofía de la historia y meditaba otra sobre las costumbres.

Carlyle, el 3 de diciembre procuró justificar su largo silencio de medio año. Su esposa estaba enferma. Él estaba más agotado que nunca. Se había refugiado tres veces en Escocia para huir del comercio de los hombres y sumergirse en el paisaje. Las cascadas de los arroyos familiares, el rumor de los viejos bosques solitarios, el ruido del océano le habían producido la impresión de una música del otro mundo.

Le hablaba en esta carta del reverendo John Stirling que se había prendado del pequeño libro de Emerson, *Naturaleza*, y en quien había encontrado un espíritu afín con el suyo y con el de su amigo, formando así un trío perfecto.

Juzgaba luego el *Discurso* del filósofo americano y decía: «He aquí que nos llega del Oeste una voz distinta, en la que se reconoce netamente la voz de un hombre; es la de un pariente, de un hermano... Habría llorado leyendo ese discurso; su clara y alta melodía viene a resonar en mi corazón». Se lo había dado a leer a su esposa, y ésta le había dicho «que no se había visto nada parecido desde que la voz de Schiller había callado».

Emerson le contesta el 9 de febrero de 1838: «Su carta ha debido hacerme saltar de alegría y ha faltado poco para que lo hiciera. Le dice que la *Revolución Francesa* tiene éxito entre los mejores espíritus. «Los jóvenes dicen que es la sola historia que han leído; los hombres maduros y los viejos sacuden la cabeza y se sienten desorientados».

Carlyle le agradece las buenas nuevas sobre la *Revolución Francesa* el 16 de marzo, y le confiesa en un rasgo de candorosa franqueza: «Será un día memorable aquel en que me llegue dinero, poco importa la cantidad, sea siete o setecientos, viniendo del país de los yankees; y eso no dejará de tener originalidad si es, —como no es improbable— el primer dinero que realice por ese trabajo, pues el país de los ingleses permanece siempre insolvente a mi respecto. Triste confesión que el escritor disfrazaba con su habitual humorismo. «Sea usted bendecido, hermano mío. Pero, ¿qué digo? su

obra está ya doblemente bendecida. Creo, después de todo, que, ayudado por mi frugalidad escocesa, no me veré positivamente arrojado a la calle o reducido a pedir prestado y, por un pedazo de pan, convertido en esclavo de alguien». Y agregaba esta tocante invocación: «¡Miserable espectro de la mendicidad, tú que no has cesado jamás de perseguirme desde que llegué a la edad de hombre, ven entonces un poco, por el diablo, a mostrarnos qué tienes en el vientre! ¡Con el alma de un hombre, teniendo la eternidad algunos años de ella, temblar delante de tí!».

Emerson, que no conoció la pobreza y que vivió en la preciosa medianía horaciana, escribió en su diario al recibir esta carta: «¿Por qué es necesario que sea tan pobre Carlyle?» Y agregó como moraleja: «Es la pobreza más honorable que yo conozco».

Carlyle, en la carta del 16 de marzo se refería al curso de conferencias sobre la *Cultura Humana* que Emerson iba a dictar ese año y le decía que él, simultáneamente, daría un curso semejante titulado *Sobre historia de la Literatura*. «Mientras usted dé sus conferencias, le confiesa, yo estaré aterrizado. ¡Pobre de mí! ¡Como mi único deseo sería poder contener la lengua, cuando pienso en esto y me siento empujado hacia la sala de conferencias por las puntas de bayoneta de la Necesidad aplicadas sobre mi espalda — ¡en qué estado de alma! — y obligado a hablar o morir, me parece que no encontraré otra expresión que un torrente de lágrimas y sollozos».

## V

## EL SUEÑO DE AMERICA

Emerson procura consolarlo. El 10 de mayo le escribe y le dice que adelanta la impresión de mil ejemplares de ensayos de Carlyle que se venderán bien en Estados Unidos y que el editor le ha asegurado un dólar por ejemplar. Le habla de que el *Carlylismo* avanza en aquel país. *La Revolución Francesa* logra amigos y compradores; cree que se venderían ochocientos ejemplares. Le propone que sus futuros libros se impriman simultáneamente en Inglaterra y en Estados Unidos. Lo invita, por fin, a que se embarque en el vapor «Victoria» y vaya a pasar quince días en Nueva York, y luego a descansar en Concord. «El sillón de su gabinete de trabajo, la chimenea, el lecho, largo tiempo vacío, esperan y parecen anunciar su llegada. Entonces usted corregirá sus pruebas y será el árbitro del espíritu y del saber en el nuevo mundo». En un rasgo de tierna intimidad, con el objeto de decidir a su desgraciado amigo a aceptar aquella vacación necesaria, agrega estas palabras que nos permite conocer

el delicioso *home* de Emerson en *The Manse*, la villa que habita el filósofo: «Yo ocupo solamente dos acres de tierra del buen Dios que encierran mi casa, mi huerta, mi quinta de treinta árboles jóvenes, mi granja vacía. Mi casa es ahora muy confortable y muy espaciosa. Poseo, además, según creo, 22.000 dólares, cuya renta en los años ordinarios es del 6%. No tengo otra propiedad ni percibo otro rédito excepto el producto de mis conferencias de invierno que el año último llegó a 800 dólares. Y bien, aquí, con esa renta, soy rico. Permanezco en casa o viajo cuando me parece. Tengo la mesa, el fuego, ocio, libros, amigos. Fuera de casa no soy rico. Nunca tengo un dólar para gastar en una fantasía... Pero, en mi casa, soy rico y bastante rico para diez hermanos. Mi mujer Lidian es una encarnación del espíritu cristiano, —yo la llamo Asia— e impide a mi filosofía derramarse en el antinomismo; mi madre es la más encañecida, la más dulce, la más conservadora de las señoras, que no hace a su universal preferencia por las cosas antiguas más que una excepción en favor de su hijo; mi hijo, un rayo de sol y de amor, bien digno de que yo me consagre a él de la mañana a la noche; he ahí, con tres criados que nos hacen la cocina, la costura y los mandados, toda mi pequeña casa. Aquí vivo y leo y escribo, con poco cuidado, y, en lo que concierne a la composición, con los resultados más fragmentarios...»

Muy distinta de la casita de Chelsea, penetraba en *The Manse* la luz por las amplias vidrieras de las cuatro fachadas de sus dos plantas que se alzaban en medio del jardín, y de cuyos tejados techos emergían las chimeneas que hablaban del interior amable y tibio en el clima frío y duro que reina en aquel país lejano, de tierras pobres que en invierno se cubren de nieve, salpicadas de pequeños lagos, limitadas por ásperos golfos y bahías contra cuyos acantilados golpea el mar, paisaje que conquistó a los puritanos fugitivos que fundaron las primeras colonias de Massachuset. La imaginación poética de Emerson hizo, sin embargo, de *The Manse* un refugio horaciano y lo convirtió en su reino.

*Satis beatus unicus Sabinis*

*Car valle permutem Sabiná*

*Dicitur operosiores?*

Para hacer aun más atrayente el cuadro de reposo que ofrece a su amigo, agrega: «En verano, con la ayuda de un vecino, cultivo mi jardín; he plantado hace ocho días, sobre el costado oeste de mi casa, cuarenta pinos jóvenes destinados a protegerme, a mi y a mi hijo, contra el viento de enero. El ornamento del lugar es

la presencia ocasional de diez o doce personas buenas y sabias, que vienen a pedirnos hospitalidad en el curso del año». Y remata el bucólico cuadro diciéndole: «Mi historia es demasiado larga. Quiera Dios que venga usted y nos traiga esa querida esposa, cuya larga enfermedad lo apena, y a la que una travesía seguida de los cuidados de mi mujer y mi madre le devolverían en menos de un año una floreciente salud». Y concluía con estas nobles palabras de amistad: «Adiós, mi querido sabio, su pobreza es para mí más honrosa que el resplandor vulgar de la corona de espina de los grandes. Ella le valdrá la simpatía de los hombres y el elogio de un millar de años... ella va a dejarlo en camino hacia la centésima edición y la adoración de los editores.» Tiernas, bellas y consoladoras palabras que deben haber sido un bálsamo para el angustiado corazón de Carlyle y como una serena brisa de primavera para las tempestades que agitaban su espíritu.

Antes de recibir esta carta, el filósofo inglés le había escrito el 15 de junio. Las conferencias habían sido dictadas con éxito. El resultado pecuniario le permitiría subsistir frugalmente un año. La Providencia le había ayudado en la hora oportuna. «La pobreza y la juventud pueden marchar juntas, decía; pero la pobreza y la edad madura van mal juntas». Sentíase nuevamente agotado y fatigado, la cabeza y el corazón ardiendo; débil y enfermo; la cuestión, como siempre, era dónde encontrar reposo. Su estado de espíritu se manifiesta en esta carta por estas palabras que escribe en español: «¡Andar con Dios!»

El 30 de junio Emerson vuelve a escribirle, esta vez desde Boston. Le envía un cheque de 50 £, producto de la venta de libros. Pocos días después le da noticia de la impresión de los nuevos volúmenes de ensayos organizados por Carlyle, en tiraje de 1.200 a 1.500 ejemplares.

Desde Scotsbrig, Ecolfechaw, Escocia, el 25 de setiembre le escribe Carlyle para darle tiernamente las gracias por su invitación y ofrecimiento. «¡Del otro lado del océano tenemos hermanos!», exclama. Las cosas habían mejorado: la salud de la esposa, el humor del gran hombre. Había probabilidades de realizar un nuevo curso y ganar con qué vivir otra estación. Se le estimulaba a abrazar la profesión de conferenciante. Este éxito lo atribuía a su libro *La Revolución Francesa*, a pesar de todos los silencios, críticas y reservas que se le habían hecho. En su auditorio había tenido jesuitas, swedemborgianos, viejas cuáqueras, *omne eum Proteus*. Nuevamente el 15 de noviembre le escribía para decirle: «Me parece que he vivido cuatro décadas en estos cuatro años tan llenos de sufrimiento y de trabajo.» ... «el sufrimiento y la pobreza no son cosas sanas.»

... «por el momento tengo con qué subsistir aquí, cosa que había vanamente ambicionado durante varios años. Me será necesario reanudar las conferencias en primavera; sabe el Cielo sobre que tema. Será para mí una mala fiebre; pero pasada la cosa, la subsistencia estará asegurada por un año». Piensa, en seguida, con melancolía, en el oasis de Concord y agrega: «Soy, en años, más viejo que usted, pero en humor me aventaja en siglos. ¡Cuánta esperanza en ese corazón siempre joven, alegre, sano como la mañana! En cuanto a mí, no se puede usted figurar en que conjunto gruñón y áspero de tristeza y de dispepsia me he convertido.» Él no podía ir a Concord, pero Emerson podía venir a la Vieja Inglaterra. Lo esperaban la casa y el corazón. Le habla en esta carta del «joven e inocente Dickens», que espera su destino dudoso, «del gran Wordsworth» que hablará hasta que él mismo lo declare aburrido», de Southey, «con su tez de esoba oscura, con un mechón de cabellos blancos que parecen correr a gran galope», de otros todavía, y para cada uno de ellos tiene un juicio dudoso o una palabra humorística.

Le escribe nuevamente el 2 de diciembre y le hace esta dolorosa confidencia: «Me siento solitario, triste, enfermo, no desgraciado. En general, la Muerte me parece bella, dulce y grande, pero la Vida, también me parece bella, grande y divina, aunque no ofrezca alegría alguna.» Y describe su melancólico home que contrasta por su humildad y austeridad puritana, con el risueño y horaciano reloj de Concord: «Yo leo, mi mujer cose cerca mío, a la luz de una lámpara sinumbra, en un pequeño departamento muy confortablemente defendido contra el invierno, y no me siento nunca más feliz que cuando todos los hombres, o casi todos, me dejan tranquilo aunque, — soy ingrato — muchos hombres me tienen también ansiedad.»

El 2 de febrero de 1839 le escribe una carta más esperanzada. Tiene mayores probabilidades y más amigos que le testimonian su interés; pero la Babilonia londinense le quebraba los nervios. «Los dos las cosas, las mismas palabras que se escuchan en la calle, tienen la rapidez del camino de hierro. No se puede gozar de la misma alegría y hay que sufrir como un dolor. ¡Ay! juró muchas veces que al menos iré enterrado en la libre Patencia, donde el destino me encadena para lejos de este mundo infernal, donde el destino me encadena para toda mi vida. El trabajo era un refugio, pero le flaqueaba el vigor. El fondo de mi existencia es sombrío como la muerte,» exclamó, pero, con todo, había comprendido la obra que empezaba a descubrirse sobre Camerón, la nueva obra que empezaba a descubrirse en su imaginación y que tanto le había gozado y sufrido. En una palabra se advierte que un cierto misterio literario, famoso estudio



de Oxford,» había transcrito un fragmento del primer discurso de Emerson en una obra sobre la Iglesia y el Estado. Así aparece por primera vez, en el diálogo, el que fué luego el gran ministro victoriano: *the great old man*.

Emerson le contesta desde Concord, el 15 de marzo: «Los meses y los años que pasan avivan mis deseos de una conversación sin límites con usted, y pienso que Dios nos la acordará algún día;» pero le advertía que por el momento no podía volver a Inglaterra: su mujer acababa de darle un nuevo hijo que llenaba el hogar de ternura y él no hallaba fuerzas para interrumpir el hechizo de la llegada del infante.

El 13 de abril partió de Chelsea una carta optimista. Carlyle proponía enviar a Boston 500 ejemplares de la segunda edición de *La Revolución Francesa*. Le anunciaba que el editor Fraser le había liquidado inesperadamente la suma de 110 £ por concepto de venta de libros y que se preparaba a dar una serie de conferencias sobre la revolución de la Europa moderna. Un mes después le daba cuenta que había concluido sus conferencias con éxito. 200 £ le había producido aquel esfuerzo, esto es, la vida de un nuevo año. El auditorio había sido tolerante. Reputaba que la mejor de las conferencias era la última, que había versado sobre el sanculotismo, «dirigida a un auditorio en gran parte *tory*, todo crujiente de la más rica y aristocrática seda.» Era realmente un triunfo inesperado. Las grandes damas y los grandes señores londinenses habían ido en tropel a escuchar al profeta que anunciaba la abolición de los privilegios y la emancipación de los humildes. Soñaba ahora en adquirir un caballo para cabalgar en la soledad de los campos y huir así del torbellino de la ciudad. Entre otras cosas, le decía que Wordsworth estaba en Londres. «Es un viejo locuaz, insípido, pero no aburrido. Hay en él algo como frescura de arroyo y de brisa montañesa. Se dice de él: «No eres grande, pero está en tí la naturaleza; buena suerte.»

Al regresar de una vacación en Escocia, el 8 de diciembre, le escribió a su amigo. Esta carta halló un nuevo tono. El áspero inglés aparece convertido en un melancólico y angustiado René que dialoga con la naturaleza y arrastra sus sueños por la soledad del romántico paisaje. «Las antiguas colinas no han cambiado; los viejos torrentes van lanzando el agua como en los pasados años, como en los viejos tiempos; pero el que los mira no es el mismo y los amigos de antaño, preguntan ¿dónde están? He caminado silenciosamente por ese rincón del país, entre mis recuerdos familiares, sumergido en reflexiones imposibles, en un caos insondable de ensueños melancólicos para los cuales no se puede encontrar imagen ni

forma.» Saint-Preux no lo hubiera escrito mejor. Es un párrafo de *La Nueva Eloisa* o un pequeño poema al que sólo falta la medida rítmica del verso.

Vuelve a escribir el 19 de abril de 1840 y confía la carta a un amigo. Quisiera enviarle algo más que una carta. Quisiera ir él y, si no, enviarle el retrato que le había pintado D'Orsay. Cosa singular. El humorista lo dice así: «¡El conde D'Orsay, el príncipe de los *dandys* europeos retratando al profeta del sanculotismo espiritual! Hace varios meses, descendió de su flamígera carroza, en medio del deslumbramiento de todos los asistentes; me encontró vestido con mi polvoriento *robe de chambre* de escocés gris, sombrío, dice mi mujer, como el genio del presbiterianismo, y consiguió ponerse pasablemente de acuerdo conmigo... En veinte minutos trazó el retrato sobre el papel.» El retrato literario que Carlyle hace de D'Orsay es, sin duda, superior al otro, como lo es el de Laudor y el de tantos otros que desfilan en ese largo diálogo. He aquí un rasgo sobre Laudor: «Muy a menudo da ganas de suspirar viéndolo servirse de los lugares comunes más usados».

La voz de Carlyle vuelve a sonar nuevamente el 2 de julio. Había dictado sus conferencias de mayo y ellas le darían el material para su famoso libro *Los Héroes*, pues lo esencial sobre su concepción, su filosofía y su estructura lo había dicho. Estaba rehaciendo sus conferencias y sobre su mesa de trabajo se confundían las cuartillas que contenían las heroicas semblanzas y los capítulos sobre el culto de los héroes y el heroísmo. Odín, Mahoma, Cromwell, el mismo Napoleón, estaban ya redivivos.

La voz de Emerson le contestaba el 30 de agosto desde el otro lado del océano. El éxito de las conferencias de Carlyle le llenaba de alborozo; lo instaba a repetir las en los Estados Unidos. Respondiendo a preguntas de su amigo le decía que su pluma se estaba ensayando en la filosofía, en la poesía, en todo menos en la historia. Su labor continua era su «interminable diario», en el que anotaba cuanto hallaba de cognoscible en la naturaleza.

El 26 de setiembre Carlyle le envió una extensísima carta. No iría a América; eso no era más que un sueño de la fantasía. «Todo lo que imaginaba era simplemente absurdo. Creía que sólo tenía que atravesar el océano, abrir los labios, recorrer durante varios meses los estados de la Unión como un verdadero león, (muy parecido a un frívolo charlatán) dando conferencias hasta ganar, poniendo a un millar de libras, con las que me retiraría a algún pequeño *cottage* tranquilo, a la orilla del mar, lo menos a trescientas millas de aquí para permanecer allí en reposo diez años o, tal vez, ¡siempre! Tal era mi pobre pequeño ensueño que no es posible realizar».

Tenía que quedarse en su Babilonia de ladrillo, tirando de las cadenas que no podía romper. A pesar de todo había redactado su última serie de conferencias e iba a imprimirla; le enviaría las pruebas para que Emerson las hiciese estampar también en los Estados Unidos. Ese sería el medio de dar conferencias en América. Había abandonado la equitación después de rendir a su caballo en un dilatado viaje por las campiñas. Esa sería su *villegiatura*: permanecer en Chelsea, en cuyo gabinete había colgado la vista de Concord que le recordaría muchas cosas.

## VI

## SOLEDAD, LUCHAS, SILENCIO Y MELANCOLIA

Volvió a escribirle el 9 de diciembre. *Los Héroes* estaban aun en manuscrito, pues el editor Fraser no le ofrecía la suma que él esperaba. Esta carta está llena de amargura y humorismo. Calibán le inspiraba una terrible figura. ¡Pobres hombres! «ínfimas fracciones de hombres; ¡no hablemos más!» Se refería al juicio que Emerson había emitido sobre Goethe. El americano había dicho que el poeta alemán es realista no idealista. Carlyle acepta el juicio y agrega esta paradoja: «En el fondo, ¿la plena verdad no es también ésta?: Lo real, bien visto, es lo ideal»... «un día encontrará usted que ese Goethe de rostro risueño, con maneras de hombre de mundo ocultaba en sí un dolor profético, tan profundo como el de Dante, y entonces le parecerá a usted, como a mí, más noble por haberlo podido contener así».

Emerson, desde Boston, el 30 de abril de 1841 se despachaba contra los impresores americanos, especialmente contra Apleton, que pretendía imprimir por su cuenta cuanto Carlyle publicaba en Londres. El se proponía perseguir judicialmente a «todos los Apleton y corsarios de esa especie». Los diarios de Nueva York publicaban también las obras de Carlyle en capítulos. «Usted circula a 6 céntimos la hoja por todas las esquinas de Nueva York y Boston, ganando en renombre lo que pierde en dinero» le decía amarga, pero festivamente.

Carlyle había pasado las vacaciones de Pascua en Yorkshire con Ricardo Milnes. El 8 de mayo, ya en su casa de Chelsea, daba las gracias a Emerson por el envío de su nuevo libro. «Una voz clamante en el desierto es, una vez más, la voz de un hombre», le decía. Le parecía que era la única voz en el mundo que respondía inteligentemente a la suya. El 21 del mismo mes agregaba: «La soledad, es lo que deseo ardientemente y lo que pido en mis plegarias». Que-

ría irse otra vez a la orilla del mar, encerrarse en una humilde cabaña, lejos de todas las cosas locas y enloquecedoras. Envidiaba a su amigo que se iba a hacer granjero. El, entretanto, se había encerrado en una pequeña pieza alta de la parte posterior de la casa, huyendo de toda visita, desde donde veía un bosquecillo y, a lo lejos, los gabetes de Westminster y la cruz dorada de San Pablo, «la enorme tintamarra de Londres endulzada en un enorme murmullo.» ¿Quién ha pintado con menos palabras estampa igual y que contenga así *the spell of London*?

El 25 de junio le anuncia que ha tomado una casa de campaña en Annau, en Escocia, en el paraje en que hizo sus estudios, a ocho millas de la casa de su vieja madre, en el centro de todos los parientes que tiene en el mundo. Iba a sumergirse en la soledad. «Dios es testigo, decía, que tengo gran necesidad de estar solo por largo tiempo (para siempre, me parece en este momento), a fin de poner un poco de orden en mi vida interior y cuidar mis pobres nervios igualmente destrozados».

Emerson le agradece las cordiales y nobles palabras de estímulo que le ha escrito sobre su último libro, palabras generosas hasta avergonzarlo a él, «personaje frío, difícil y reservado», como es. Le habla de sus trabajos, de sus deficiencias, de su filosofía. «Toda mi filosofía, que es muy real, enseña la aceptación y el optimismo». Y se refiere a cuánto tenía que hacer «un poeta, en todo espiritualista, en esa grande, sensual y avara América» al deplorar sus dudas que se movían a tientas y su lengua balbuciente.

Carlyle, el 19 de noviembre, le comunica que ha ido al teatro a ver a Gambardella y le confiesa que se había divertido e interesado. Esto le servía para deplorar la falta de alegría en el mundo. «¡Ay! casi nadie ríe en el mundo en la hora actual».

El diálogo continúa con algunas interrupciones. El 19 de julio de 1842 Carlyle dice que los Fraser ya no son sus editores, excepto para los ensayos y el *Sartor*. Sus demás manuscritos los ha llevado Chayman y Hall, 186, Strand. «He visto a los libreros, agrega, veo raramente a esos imbéciles...» El *Cromwell* le tornaba la cabeza. Era posible que abandonara la obra sin ejecutarla. Se había documentado: había visitado lugares y campos de batalla, proseguía sus investigaciones, aun sentía un cierto placer de vampiro en revolver esos viejos osarios y esas naves sepulcrales. «Mantengo la más bizarra camaradería con ese inmenso genio de la Muerte,» pero, en realidad, nada adelantaba. Y consignaba esta bella verdad que puede servir de constante consejo a los historiadores: «Es perfectamente inútil escribir sobre las cosas del pasado a menos que se pueda de-

volverles la vida y hacerlas cosas del presente». El 29 de agosto agregaba: «Seguiré su consejo a propósito de *Cromwell* o de mi próximo libro, si vivo lo bastante para escribir otro. Pero he descendido de nuevo a la noche primitiva y vivo sólo y mudo con los manes, como dice usted, sin saber si volveré a ver el día».

Las confidencias atraviesan el Atlántico de este a oeste y de poniente a naciente. Son como breves y largos ritornelos en los que se siente siempre la melancolía y, muy a menudo, el dolor. Entretanto, las parcas van devanando las madejas del tiempo y con ellas el hilo de la vida.

El 31 de octubre de 1843 se reanuda el diálogo. Carlyle se queja de los días morosos que han transcurrido sin el placer del menor cambio de impresiones con el amigo. «Ociosidad, caos, inacción, impotencia de expresión, en fin, Nada». Esta misma palabra, en español, estampaba en su *Diario*, en aquellos mismos días, Amiel, el atormentado filósofo ginebrino, al arrastrar su melancolía por las orillas del lago Léman. Pero, ¿qué diferencia de temperamento existía entre la dolorosa inmovilidad de Amiel y la tempestuosa agitación del filósofo de Chelsea!

Carlyle había resuelto irse a Escocia, huyendo del calor de Londres, a «soñar cosas celestes», pero no había hallado para ello más almohada que «una inquietud cada vez más despreciable y un *spleen* cada vez más negro», y había vuelto extenuado. En seguida hacía esta confesión digna de Juan Jacobo, otro atormentado: «Tengo el don funesto de convertir para mi uso toda la Naturaleza en visión sobrenatural». El taciturno huésped de *L'Hermitage* había dicho: «Yo dispongo como amo de la naturaleza entera».

En tal estado de espíritu, al regresar a Chelsea se había entregado a la lectura y había hallado alivio. Los negros torbellinos y diluvios se habían gradualmente calmado y comenzaba a sentir el beneficio del viaje. Nuevamente se planteaba el problema de su *Cromwell*. ¿Lo escribiría o nó? No lo sabía aún, y sólo hallaba como expresión de su estado de incertidumbre esta palabra: ¡Paciencia!

El 17 de noviembre le escribe nuevamente largo y tendido. Juzga los *Poemas* de W. E. Channing que le ha enviado Emerson. Le habla en general de la poesía que a él, que era un gran poeta, le inspiraba, sin embargo, grandes reservas. Dice que le horrorizan los versos vacíos que todo lo confían al ritmo y a la rima, como le horroriza, de más en más, toda palabra vacía de sentido. Fulmina la retórica de los poetas, pero salva de su condenación a su amigo. «Entre todas las voces que me llegan de América sólo hasta hoy la de mi amigo Emerson tiene en sí la música de las esferas, sólo la

volverles la vida y hacerlas cosas del presente». El 29 de agosto agregaba: «Seguiré su consejo a propósito de *Cromwell* o de mi dido de nuevo a la noche primitiva y vivo sólo y mudo con los manes, como dice usted, sin saber si volveré a ver el día».

Las confidencias atraviesan el Atlántico de este a oeste y de poniente a naciente. Son como breves y largos ritornelos en los que se siente siempre la melancolía y, muy a menudo, el dolor. Entre tanto, las parcas van devanando las madejas del tiempo y con ellas el hilo de la vida.

El 31 de octubre de 1843 se reanuda el diálogo. Carlyle se queja de los días morosos que han transcurrido sin el placer del menor cambio de impresiones con el amigo. «Ociosidad, caos, inacción, impotencia de expresión, en fin, Nada». Esta misma palabra, en español, estampaba en su *Diario*, en aquellos mismos días, Amiel, el atormentado filósofo ginebrino, al arrastrar su melancolía por las orillas del lago Léman. Pero, ¿qué diferencia de temperamento existía entre la dolorosa inmovilidad de Amiel y la tempestuosa agitación del filósofo de Chelsea!

Carlyle había resuelto irse a Escocia, huyendo del calor de Londres, a «soñar cosas celestes», pero no había hallado para ello más almohada que «una inquietud cada vez más despreciable y un *spleen* cada vez más negro», y había vuelto extenuado. En seguida hacía esta confesión digna de Juan Jacobo, otro atormentado: «Tengo el don funesto de convertir para mi uso toda la Naturaleza en visión sobrenatural». El taciturno huésped de *L'Hermitage* había dicho: «Yo dispongo como amo de la naturaleza entera».

En tal estado de espíritu, al regresar a Chelsea se había entregado a la lectura y había hallado alivio. Los negros torbellinos y diluvios se habían gradualmente calmado y comenzaba a sentir el beneficio del viaje. Nuevamente se planteaba el problema de su *Cromwell*. ¿Lo escribiría o nó? No lo sabía aún, y sólo hallaba como expresión de su estado de incertidumbre esta palabra: ¡Paciencia!

El 17 de noviembre le escribe nuevamente largo y tendido. Juzga los *Poemas* de W. E. Channing que le ha enviado Emerson. Le habla en general de la poesía que a él, que era un gran poeta, le inspiraba, sin embargo, grandes reservas. Dice que le horrorizan los versos vacíos que todo lo confían al ritmo y a la rima, como le horroriza, de más en más, toda palabra vacía de sentido. Fulmina la retórica de los poetas, pero salva de su condenación a su amigo. «Entre todas las voces que me llegan de América sólo hasta hoy la de mi amigo Emerson tiene en sí la música de las esferas, sólo la

suya es una voz profética, una verdadera aurora que me reconforta.» Música de las esferas, voz profética, eso era la poesía que sentía y realizaba Carlyle. Y cuanto más elevada la esfera y más tremenda la profesía, mas a su gusto se hallaba este poeta que cuando se leen sus páginas, se piensa a veces, sin quererlo, en lo que no se debe ni se ha de nombrar. *Silentium indicere.*

Luego de muchos meses de silencio, el filósofo inglés le escribe (5 de Agosto de 1844), para hablarle nuevamente de poesía y de poetas. Tennyson le ha anunciado visita y aprovecha para trazar rápidamente su retrato: «Alfredo es una de las raras fisonomías inglesas o extranjeras (cuyo número creo que no aumenta) que son y permanecen bellas para mis ojos, una de esas almas verdaderamente humanas, a la cual nuestra propia alma puede decir: ¡Hermano!» Y agrega: «Sin embargo, tengo la vaga impresión de que no vendrá; muchas veces se olvida de mí en sus breves visitas a la ciudad, como, por otra parte, lo hace con todo el mundo; es uno de esos hombres solitarios y melancólicos que suelen encontrarse aquí, que viven en una atmósfera de tristeza y que lleva en sí un trozo de caos, del cual quiere él hacer el Cosmos».

Luego de una pausa vuelve a tomar los pinceles y entonces crea sobre las cuartillas el definitivo retrato del poeta, sorprendente de vida: «Creo que Alfredo es el hijo de un hidalgo granjero de Lincolnshire; se advierte en sus versos que ha nacido en un país de tranquilas granjas y de verdes y ricas praderas, y no de montañas con sus torrentes y tempestades. Recibió su educación en Cambridge, como si se le destinara al foro o a la Iglesia; pero encontrándose a la muerte de su padre a la cabeza de una pequeña renta, prefirió vivir sin tomar el grado, en compañía de su madre y de sus hermanas, y consagrarse a la Poesía. Esa es la vida que hace todavía, tanto aquí como allá, pues su familia reside siempre a escasa distancia de la ciudad, pero nunca en Londres, y él mismo hace raras y cortas visitas a la ciudad, donde se hospeda en casa de algún antiguo camarada. Creo que tiene menos de 40 años, pero no mucho menos. Es uno de los más bellos hombres que haya en el mundo. Posee un abundante vellón de rudos cabellos, de un negro agrisado; el tinte de su tez es moreno casi como el de un indio; lleva las ropas descuidadamente flotantes, vastas y libres; fuma enormemente. Su voz es musical o metálica, propia a la risa ruidosa y a la aguda queja... es libre y abundante en el pensamiento y el lenguaje. No he encontrado en estas últimas décadas interlocutor semejante para fumar una pipa». El poeta laureado inglés ha quedado estereo-

Medio año más pasa en silencio. El 16 de febrero de 1845 le vuelve a hablar de *Cromwell* para confesarle que nada tiene que decirle. «Noche y día, durante estos largos meses y estos largos años, me he hallado miserable, muchas veces casi desesperado. Jamás un hombre fué sepultado bajo tan escandalosa acumulación de humana estupidez, que reviste todas las formas. Imposible de escribir aquí una historia para el uso de esta generación lamentable, irónica, burlona, hipócrita, charlatana, impía. ¿Cómo explicar los hombres a monos junto al Mar Muerto?» No obstante, este año 1845 fué propicio: *Cromwell* tomó forma definitiva y, al comenzar el mes de noviembre, concluyó la impresión del libro. El primer ejemplar cruzó el océano antes de que los libreros de Londres lo ofrecieran al público.

El 11 de noviembre anunció a su amigo el envío, sin agregar comentario alguno. Había estado nuevamente en Escocia dialogando otra vez con las colinas, los arroyos y las viejas casas del país natal. Volvía saturado de tristeza, pues nadie quedaba allí de los amigos y vecinos de la familia. Sólo estaba su vieja madre, frágil pero todavía joven de corazón. El fiero león cuya melena comenzaba a tornarse gris, había acallado sus rugidos para acojerse como un niño al nido materno.

El 3 de enero de 1846 habló por primera vez a su amigo después del lanzamiento del *Cromwell*. «Ante mi gran sorpresa, dice, el libro ha logrado la popularidad y pronto tendremos una segunda edición». Esta vino en seguida. Un mes después, el 3 de febrero le anunciaba la reimpresión del libro en tres volúmenes y acordaba a su amigo plenos poderes para hacer una edición en Estados Unidos.

Corrían, pues, días de mayor optimismo. El 18 de abril nuevamente volaba su pensamiento hacia Concord y prometía a su amigo enviarle su daguerrotipo, a condición de que Emerson le retribuyera con el suyo. «Será un momento muy extraño, le decía, aquel en que mis ojos vuelvan a ver a su sombra inanimada en lugar del viviente rostro que permanece en mí, inalterable, envuelto en bellas nubes y emergiendo de un tiempo a otro extraordinariamente nítido. ¿Ha encanecido su cabeza? Sobre la mía hay cabellos blancos por aquí y por allá y yo no lo sé. He vivido en este mundo un medio siglo, cincuenta años bien contados el 4 de diciembre último: es a mis ojos un hecho solemne».

Había reanudado su ejercicio de equitación y cabalgaba por la campiña, pero prefería hacerlo solo y dialogar con los árboles y las nubes. Ya lo había dicho: aborrecía las palabras sin espíritu y las conversaciones vagas. «¿Qué diría Shakespeare, preguntaba, si asis-



tiera una noche a la reunión de una sociedad shakespireana y oyera el vacío charlatanismo y toda otra música asnal que se hiciera oír en su honor?».

Se había retratado al daguerrotipo. Había sido todo un acontecimiento. Lo había acompañado el pintor Lawrence al taller del fotógrafo, y el gran artista había dirigido la laboriosa operación. Es fácil suponer la nerviosidad y la impaciencia que poseyeron a Carlyle frente a la cámara de Daguerre, ante la cual debió permanecer media hora cojida la parte posterior del cráneo por la tenaza metálica del soporte con que se inmovilizaba al modelo.

La tortura tuvo, sin embargo, su compensación. Se conmovió profundamente ante la imagen. Quedó encantado con el parecido. Era su mejor retrato. «Si su fotografía ha resultado como la mía, le decía a su amigo, experimentaría una alegría casi trágica».

Emerson se sintió feliz con el retrato de su amigo. El 31 de mayo le escribió para decirle: «Tengo lo que he deseado. Esta cabeza, sin comparación posible, me gusta más que toda pintura. Confirmo mis recuerdos y hago nuevas observaciones; es la vida agregada a la vida. Demos gracias al sol. Este artista recuerda lo que todo otro olvida de lograr, y eso que yo deseo conocer: la escultura real de los rasgos, los ángulos, el organismo especial, la implantación de los cabellos, la forma y la unión de la cabeza». Le anunciaba el envío de su daguerrotipo, aunque no le había dejado satisfecho. Tampoco le satisfizo a Carlyle y así se lo dijo en la carta de 17 de julio en la que le reclamó un nuevo retrato.

En esta carta el filósofo inglés le dice que ha estado releyendo sus propios libros, penosa experiencia, por cierto, para todos los escritores. El mismo lo declara: «Es realmente ingrato mirar la antigua figura de uno mismo... todo este elenco anticuado». La carta respira el disgusto de sí mismo; pero también de otros. Estaba enfrascado en el estudio de la historia de América. Había encontrado cosas interesantes en libros intrascendentes. Acaso fué entonces cuando tropezó con la inquietante figura del Dr. Francia, el tirano del Paraguay y trazó su semblanza. Lástima que no ocurrió lo mismo con la de Rosas. ¡Qué retrato habría pintado Carlyle del tirano Don Juan Manuel!

Los libros intrascendentes le habían proporcionado, pues, excelente material, en cambio otros... Por ejemplo, disparaba este aguilón: «en la genial espuma de champagne de Michelet, ¡ay!, no he podido descubrir un sólo hecho que soportase el examen». Michelet fué también un poeta, cuya imaginación solía dar a sus palabras

acento profético. Se le reconoce como uno de los grandes suscitadores de ideas de su tiempo. Sintió el misticismo de la historia, y de tal manera se sumergió en el pasado y se identificó con sus héroes, que llegó a sentirse inspirado por «lo alto» y «la luminosa visión del cielo». Taine llamó a Carlyle «el Michelet francés», lisonja que debió saber a acíbar al autor de «Los Héroes».

«Leo con orgullo, a pequeñas dosis, y no he recorrido todavía la materia nueva», le escribe Emerson refiriéndose a la nueva edición del *Cromwell*. Carlyle calla. Recién el 18 de diciembre, de regreso de Escocia, su voz, siempre apocalíptica, atraviesa el Atlántico: «he pasado dos meses extremadamente desolados, porque todas las cosas llevan a la desesperación a una pobre criatura, sensitiva como yo, en esta antigua región que me parece a la vez una Tierra y un Infierno, un lugar incalificable, ahora que yo soy casi un aparecido». Parece verlo así vagando por las colinas y los collados como una sombra, inquiriendo a las aguas de los ríos, a los árboles de los bosques, a las ruinas de los pasados siglos, a las losas de los sepulcros el destino de las almas que se fueron y que ya no tornarán.

## VII

### LA VISITA DE 1847

La voz de su amigo llega desde el otro lado del mar y procura calmar sus tempestades. El 31 de enero de 1847 le dice que ha sido reiteradamente requerido para dar conferencias en Liverpool y Manchester y que siente la tentación del viaje. Le atrae la novedad del auditorio inglés y la perspectiva de agregar a su vida «algunas horas de oro», en compañía de su amigo, engrandecido ahora por la plenitud de la notoriedad. Carlyle lo estimula a hacer la travesía, y le advierte cual será su auditorio: «personas de la verdadera aristocracia, siendo así que usted mismo, hombre pecador, forma parte de ella». Emerson temía a la cultura inglesa, y esperaba que se obligaría al más desordenado de las yankees, como se llama a sí mismo, a hacer uso de la precisión y la exactitud.

Frente a la perspectiva del viaje se ocupaba de su huerta y de su jardín. *The Manse*, su pequeño reino rural, prosperaba con el trabajo propio y la ayuda del vecino. Se ocupaba en aquellos días de hacer plantíos y estos le absorbían demasiado. La Naturaleza objetiva le había conquistado. «Un pensador laborioso» debe evitar el encanto de estos menesteres, decía. En la misma carta le daba la noticia de que Wiley y Putnam tenían 600 £ en su cuenta, por concepto de venta de ejemplares del *Cromwell*.

El 31 de julio le anunció que estaba resuelto a ir a Inglaterra. Partiría el 1º de octubre. «Le ruego cultive su benevolencia, su indulgencia, le decía. Que su esposa las cultive a fin de que pueda yo, el indolente, encontrar a ese increíble trabajador, cuya labor ha hecho desde hace mucho tiempo mi orgullo y mi admiración». Carlyle le contestó el 31 de agosto desde Rowdon, cerca de Leeds. Había andado con su esposa recorriendo los campos. Estaba cansado de todo, ávido de sueño sin medida. «En cuanto a la visita que usted nos hará no hay más que una cosa que decir y repetir, a saber, que una habitación de profeta y la bienvenida de un hermano y de una hermana esperan a usted en Chelsea, algún día, a cualquier hora que usted llegue»... «Venga entonces y nos veremos; nos oiremos y conversaremos. No sé que haya otro hombre en el mundo al que pueda yo hablar con la segura esperanza de obtener de él adecuada respuesta: si le hablo será para romper mi silencio, puede ser que por última vez, puede ser que la primera vez sobre algunos puntos». Se refiere luego a la posibilidad de escribir un nuevo libro que podría llamarse *El éxodo de Houndschitch* en el que trataría el problema judío en todos sus aspectos.

Una carta llega a Chelsea fechada en Concord el 30 de setiembre. El filósofo americano anuncia que se embarcará el 5 de octubre con destino a Liverpool. Terminados sus compromisos en esta ciudad, Manchester y Leeds, iría un bello día en busca de su amigo a su rumorosa capital: lo vería en el centro del mundo y se calentaría un poco al sol de su corazón británico.

Carlyle respetó la embriaguéz que producía a Emerson su viaje triunfal a las ciudades inglesas. No fué a recibirlo, y le dejó gustar a sus anchas del aplauso y de la gloria. Permaneció en su casa de Chelsea, y desde ella, el 15 de octubre, le escribió una carta que debía alcanzarlo en Liverpool. «Sabe mi amigo, le decía, que su *home*, cualquiera sea el tiempo que usted permanezca en Inglaterra, está aquí, y que todos los otros lugares a que puedan llamarlo el trabajo y las distracciones no son más que albergues y alojamientos temporarios... En seis horas puede usted abandonar las aguas constantes y volver a encontrarse sentado aquí, en su propia habitación. No se le importunará con conversaciones mientras no haya reposado, y usted hallará, cuando sienta nacer el apetito, abundancia, y siempre calor. Venga pronto, venga en seguida».

Emerson, envuelto en el torbellino de su éxito, le escribe desde casa de Mrs. Massey, el 5 de noviembre, y le dice que no ha cesado de ser víctima de todos los inconvenientes de los viajes. Se le han ido los días en mil minucias: bienvenidas, invitaciones, cartas. «En

esta bruma y esta confusión, y de aquí hasta que el sol del cielo me dé un rayo, ¿no quiere usted, amigo y alegría de tantos años, enviarme de cuando en cuando una o dos líneas serenas para decirme que continúa fumando apasiblemente su pipa junto a su esposa y su hermano?».

Carlyle le contestó diez días después. Estaba sumergido en antiguos manuscritos, en abstrusas meditaciones, en oscuridades viejas y nuevas, «hundiéndose, de capa en capa, a través del espacio vacío», sin saber hasta qué profundidad. En otra carta de 30 de noviembre le decía que oía hablar de sus éxitos en el norte; pero que lo esperaba pronto en Londres. Entretanto estaba estudiando el *Libro del Juicio* de Guillermo el Conquistador.

Emerson halla tiempo en medio de sus éxitos, que realmente lo embriagan, para escribirle desde Manchester, el 28 de diciembre. Todas las puertas se le abrían. América había conquistado a Inglaterra. El pequeño filósofo de Concord había resultado, como lo decía Carlyle, un profeta. El confesaba que cada vez amaba y admiraba más a los ingleses. Claro que todo aquello impedía que fuera a golpear a la puerta de la casita de Chelsea.

Dos días después Carlyle le escribió para incitarlo a visitar a Ricardo Milnes. Agregaba que Tennyson hacía tres semanas estaba en Londres, comiendo en la ciudad cada día casi hasta morir, y, a la vez, adelantando un poema. Los dos últimos domingos había estado de visita en Chelsea. «Es un hijo de la Tierra y un hijo del Cielo, muy interesante, que casi ha perdido su camino, así lo temo, entre fuegos fatuos, y bien podría finalmente zozobrar hasta las orejas, en medio de manes que abundan. Lo quiero mucho, agregaba, pero no puedo hacer casi nada por él. Milnes, con el apoyo de todos, le ha obtenido una pensión y así tiene pan y tabaco; pero es poco equipaje para tal alma».

Emerson seguía triunfando en el norte. Hacía ya cuatro meses que estaba en Inglaterra y todavía no había visto a su amigo. El 26 de febrero le escribe desde Ambleside. Se aprestaba para partir hacia Manchester; luego iría, por fin, a Londres. Había estado con Wordsworth una hora y media, lo que parecía no haber importunado al poeta, puesto que hablaba «abundantemente y con vivacidad, no obstante su paralisante torismo y todo lo que a eso se une— con bastante prudencia». El poeta laquista gozaba de salud y, aunque contaba 77 años, «su vejez no le molestaba en nada».

Dos días después recibía un billete de Carlyle que revela la impresión que le había producido la revolución que había estallado en París. Según él reinaba alegría general con motivo de la nueva República francesa que acababa de «ascender» de la Inmensidad. «Ha-

ce numerosos años, dice, que no experimentaba un sentimiento tan profundo de piadosa satisfacción con ocasión de un acontecimiento público». Breve fué, sin embargo, su satisfacción. La República nació herida de muerte.

El 2 de marzo Emerson anunció a su amigo su próxima llegada a Londres, a donde él iría a pedirle de comer. Los dos amigos se abrazaron, al fin, y sintieron latir corazón sobre corazón. Hacía quince años que no se veían. Carlyle tenía entonces 52 años, Emerson 44. El tiempo y las tempestades del alma habían encanecido la leonina cabeza del filósofo inglés; la serenidad y la calma no habían evitado que la calvicie dejara al descubierto la noble bóveda del cráneo del filósofo americano, y que las guedejas de su cabello y sus largas patillas se agrisaran. Pero sus espíritus se mantenían alerta y ambos se hallaban en la plenitud de su talento.

El diálogo se reanudó en seguida, esta vez de viva voz, en la pequeña sala de Chelsea, junto al fuego de la estufa, en medio de las volutas de humo que brotaban de las pipas, mientras Mrs. Carlyle preparaba el *punch* y vigilaba la comida. Nuevamente se plantearon los puntos de vista en que coincidían y en que discrepaban los amigos; nuevamente se hicieron mutuas concesiones y mutuas reconvencciones; nuevamente Carlyle, el poeta apocalíptico, clamó contra el *canto*, la poesía pura, y Emerson defendió con serenidad, pero con firmeza, lo que él llamaba «lenguaje de los dioses»; nuevamente los dos filósofos buscaron la conciliación dentro del espiritualismo que ambos profesaban, pero sin lograr que ni uno ni otro abdicaran de sus posiciones y modificaran sus juicios.

Hubo algo más. Emerson estaba demasiado embriagado de su gloria para advertir la secreta amargura con que su amigo consideraba el resultado de los aplausos, elogios y demostraciones con que la clase culta inglesa había abrumado al filósofo americano. El, que había sido calificado de *sans-culotte*, y puesto en el *index* por los señores ingleses de la política, de la aristocracia, del dinero, de la filosofía y de las letras, consideraba que su amigo podía caer en tales redes, y temió que la clara voz que había clamado en los vírgenes desiertos de América y había encontrado eco en su corazón, se extinguiese en el maremágnum de las vastas ciudades de Europa, en que una sociedad hastiada y decadente abjuraba de los profetas y cortejaba a los filósofos que se sentían capaces de halagar sus debilidades.

No le ocultó Carlyle sus temores, y sus palabras llegaron a ser ásperas y sus juicios alcanzaron, como él mismo lo reconoció, a la ferocidad. Mas, el afecto y la amistad permanecieron intactos.

La partida de Emerson abrió un paréntesis de silencio. El 6 de diciembre Carlyle, con la melancolía del recuerdo, escribió, desde Chelsea, al amigo; le dice que vuelve la mirada hacia lo lejos, «hacia el bosque de Concord; ahora podemos hacernos una idea más precisa de él, evocando una imagen muy dulce y muy querida». Lo suponía poniendo en orden el enorme *fardo* de recuerdos de Inglaterra. Nadie, salvo Carlyle, había recibido sus noticias. «Hay una impresión de la que no podemos desprendernos le dice: es la admiración que nos inspiran sus virtudes pacíficas, su urbana y noble tolerancia, muchas veces puesta aquí a ruda prueba. Perdóneme mis ferocidades; usted no sabe exactamente lo que yo sufro en estas latitudes; si fuera así, su indulgencia le sería más fácil».

Le escribe nuevamente el 19 de abril de 1849. Se prepara la tercera edición del *Cromwell*; se está pensando en Inglaterra en erigir estatuas al Protector. El aconseja que no se haga. No es que no sienta el personaje maduro para el bronce; pero donde no halla, sin duda, la madurez es en el pueblo, si es que entonces existía esta entidad orgánica. Le dice que la *Historia* de Macaulay parece llegar a la cuarta edición; y formula esta pregunta que es un juicio dubitativo, que no llega a aclararse: «¿Le he dicho ya la última vez que la había leído con sorpresa y estupor?» Claro que dada la posición de Carlyle y la de Macaulay se explican el estupor y la sorpresa; pero es lástima que el historiador de *La Revolución Francesa* no haya sido más explícito respecto al de la Revolución Inglesa.

## VIII

### LA TEMPESTAD Y LA CALMA

El diálogo comienza a ser interrumpido por largos meses de silencio. El 19 de julio de 1850 escribe Carlyle desde Chelsea: «Amigo mío, he aquí ante usted un hombre lleno de remordimientos... Hace cerca de un año que le envié desde Escocia una hoja de papel borroneada de prisa... ahora casi ha llegado el fin del otoño y no le he escrito ni nada he recibido de usted... Si el cielo lo quiere, no volverá a suceder... La verdad es que mi vida ha estado sobrecargada de cuidados y trabajos; salvo bajo la presión de una inmediata necesidad, no he escrito una palabra a nadie». Le decía que no lo había olvidado en ningún momento y que aunque veía perfectamente el «grande y profundo pozo» que les separaba en sus maneras de considerar las relaciones con el mundo, veía,

también, como debía verlo su amigo, dónde las capas de roca se unían, a una profundidad de varias millas, y dónde «las dos pobres almas se ponían de acuerdo».

Acaso es ésta la primera y cruda confesión del desacuerdo intelectual que existía entre los dos amigos; pero es, a la vez, el grito de esperanza que revela que, en lo profundo de sus almas, acaso en lo más esencial, había un bello y resplandeciente país de conciliación cristiana, que era la comunión en Dios, la creencia en la supervivencia del espíritu, la seguridad de que el mundo, la sociedad, las instituciones, las ideas y los sentimientos tenían un origen y se encaminaban a un fin del que era responsable el hombre. «Aun cuando no existiera entre nosotros ningún punto común, concluía, y aun cuando yo fuera más intolerante todavía de lo que soy, respecto a las maneras de pensar de otros, ¿es que Emerson habría sido menos para mí, después de largos años, un amigo entre los hombres? ¿Puedo yo olvidar jamás al hombre que es Emerson, o pensar en él de otra manera que con afecto?» Y cerraba el penoso capítulo íntimo con estas tiernas palabras: «Escribame en la primera hora favorable y dígame que aun me queda un alma fraternal en este mundo y que un pensamiento amigo sobrevive del otro lado de los mares».

La carta de Emerson en contestación a esta confidencia llegó. Infelizmente no la conocemos, pero, en cambio, conocemos la réplica de Carlyle. Estaba entonces entregado a la lucha de ideas que había desatado con sus panfletos. La clara voz de Emerson, que sin duda le instaba a la serenidad y la calma, produjeron en su alma sensible profunda impresión; pero su violenta individualidad es talló en un arrebató que tiene enorme valor psicológico. El 14 de noviembre le contestó. De la paradoja inicial, producto del afecto que le inspiraba su amigo, saltaba al campo de los hechos y defendía apasionadamente su posición. «Usted tiene razón en todo lo que me dice, confiesa, pero, sin embargo, no es usted, mi amigo, quién tiene razón; ¡soy yo! Ciertó; es conveniente que un hombre conozca los recursos más profundos de nuestro universo, y está en el interés de su dignidad, así como en el bien de su paz íntima, poseer su alma con toda paciencia y considerar todas las cosas con confianza y aún, si ese es su temperamento, sin que nada le haga fruncir el ceño. Porque es indudable que el bien está en todas las cosas; y aun si usted viese asesinar a un Oliverio Cromwell, ciertamente que usted podría extraer de su cadáver un carretón de nabos. ¡Ay! Creo que nos hemos olvidado demasiado de todo eso, sin lo cual no hubiera sido enviado un hombre como usted para mostrárnoslo en

la forma que usted lo ha hecho. Recordemos también que no es bueno en todos los casos, ni todos los tiempos, estar «a gusto en Sión»; que muchas veces es oportuno, en Sión, dejarse arrebatado por furiosa cólera y que, en verdad, es urgente que los viles Pitones de este mundo sean, según la ocasión, acribillados de flechas luminosas o atravesados por el hierro calentado al rojo. ¡Desgraciado del hombre que, llevando una u otra de esas armas, no se sirve de ellas en su presencia! En este mismo momento, por ejemplo, un miserable organista italiano acaba de atacar bajo mis ventanas, la *Marsellesa*; ¿la *Marsellesa* ha sido victoriosamente creada sobre un lecho de plumas, o bien no servía para nada cuando fué creada? ¿Quién puede detener la voz del profeta cuando estalla su inspiración apocalíptica? De la paradoja salta a la tremenda transmutación que le permite extraer el bien del mal y convertir la corrupción del cadáver en veneno fertilizante; de esto a la cólera de Jehová que castiga y destruye, pero que, por medio de la voz del profeta, viste de nuevo con la carne y anima con el espíritu a las áridas osamentas que cubren la llanura; para caer, por fin, en la dolorosa confianza: «yo no les concedo a mis panfletos valor alguno; su única ventaja, a mis ojos, es que mi corazón sea desembarazado, y esto es, se lo aseguro, ventaja no despreciable. Mas, creía en su eficacia: en nuestro público, en medio de nuestra tempestad de maldiciones, de estos brindis ignominiosos, concluía, ya me es posible advertir que la opinión les es bastante favorable y que la controversia de los 18 millones contra las 18 mil o las 18 unidades adquiere, tal como yo puedo juzgar, bastante buen aspecto».

Más de medio año de silencio se hizo después de esta carta. El 8 de julio de 1851 reprochaba afectuosamente a su amigo. «¿No recuerda usted bien que existe un hombre llamado Carlyle? Sé que usted lo recuerda y que lo seguirá recordando. Pero, hace largo tiempo que no cambiamos una palabra, estado de cosas que debe cesar inmediatamente... En tanto estamos sobre la tierra no puedo pasarme sin algún signo suyo de amistad. A despecho de sus numerosos pecados, usted está entre los más humanos de todos los seres que yo conozco ahora en el mundo, los cuales, créame, forman una compañía muy restringida y que se va restringiendo de más en más».

En seguida estallaba su incontenible mal humor e inconformidad con el mundo; pero, acaso con esto daba una permanente lección que hoy, a través de un siglo es todavía de actualidad y tiene tremenda aplicación. Se refería a la exposición industrial celebrada ese verano en Londres y decía que ésta comprendía todas las naciones y englobaba todas las cosas «en un mismo torbellino futil...» «Nunca, seguramente, se había visto reunido en una sola ciudad un tal Sanhedrin



de tontos sin cerebro venidos de todos los países del globo. Pero se irán, sobre eso no hay duda, y esta seguridad nos permite asistir tranquilamente a todo esto y aun pasear nuestra mirada sobre este baile universal de niños que ofrece la nación inglesa en estas circunstancias extraordinarias».

Reconfortado por las cartas de Emerson el 7 de mayo de 1852 le decía: «Mis numerosas injusticias respecto a usted, aunque involuntarias, puedo decirlo, ocupan muchas veces mis tristes pensamientos y se mezclan a mi otra tristeza como una especie de remordimiento. ¡Como si hubiera podido impedir el ser —por efecto de la época y del destino— el feroz Ismaelita que soy, y que chocaran con mis ferocidades su serenidad! Reconozco que usted ha sido para mí como un ángel, y que usted ha absorbido todas mis nubes tempestuosas en las profundidades de su inconmensurable éter; y es indudable que yo lo quiero mucho desde hace mucho tiempo y que lo seguiré queriendo». E insistiendo en el deseo de lograr su conciliación intelectual agregaba: «por alejado que esté de su visión *gymnosophista* del cielo y de la tierra, yo veo entre nosotros un acuerdo ante el cual se borran todos los disentimiento concebibles; en el mundo entero, le repite, apenas si encuentro en respuesta a mi humana palabra otra voz que tenga auténticamente el signo humano. Dios nos asista; ¡en que soledad está en camino de convertirse esta rabiosa perrera que es el mundo!». Y presa ya de la melancolía del ocaso concluía: «Al menos caminemos, y aun de prisa, si podemos; porque el sol baja...»

Emerson le enviaba palabras de consuelo y esperanza; justificaba su iracundia y su sátira en las que hallaba un gran fondo de verdad. «No es falta en usted que realice el trabajo de un héroe, y por otra parte, no lo amamos a usted menos porque seamos incapaces de prestarle asistencia». Y a su vez brotaba de la pluma del filósofo americano esta espontánea confidencia: «Tenga piedad de mí, ¡oh, hombre poderoso! Soy de constitución débil, formado a medias, como lo sé desde mi infancia, no poeta pero amigo de la poesía y de los poetas, y haciendo simplemente el oficio de escritor en esta América vacía, antes de la llegada de verdaderos poetas».

Carlyle, tocado, sin duda, por esta confesión, le contestó en seguida. «Usted es un entusiasta de nacimiento, por sereno que sea, y eso será así, con intermitencias, hasta el fin. Yo admiro también su discreto y fino sarcasmo; en pocas palabras: amo mucho, como siempre lo he dicho, y me propongo continuar haciéndolo, al hombre estrechamente reservado y lleno de dulce gravedad». Le hablaba de la melancolía de la vejez próxima y de la que ya había llegado, que era su caso, que de tiempo en tiempo le hacía considerar las

cosas más bellas bajo su aspecto más feo y «apretar los labios con una especie de feroz desafío y de infernal tristeza, que era casi parecida a la felicidad;» pero, concluía por confesar que «la vejez es bella y lleva en sí alguna cosa realmente divina». Decía luego a su amigo que no podía separarse de él, sucediera lo que sucediera, y lo invitaba a mantener el diálogo epistolar. Sin embargo, la vejez traía consigo el silencio.

Emerson, desde Concord, le escribió el 19 de abril de 1853. Habían corrido, monótonas, las semanas y los meses. Nada había hecho si no era pensar. «América está incompleta, le decía. Hay sitio para todos, pues ella no está concluída, ni hay indicación que esté a punto de estarlo por la aparición de bardos y de héroes. Es una democracia salvaje, mezcla de mediocridades, y no como las egoistas Italia e Inglaterra donde una generación cristaliza en un genio...».

Carlyle le respondió el 13 de mayo: «no sabe usted todas las tristes reflexiones que he hecho sobre su silencio en el curso del último año. Jamás he dudado de la fidelidad de su corazón, de la generosa, profunda y amistosa estimación que hace usted de mis pequeños méritos, de mis pequeños sufrimientos, de mis facultades y embarazos, del perdón que usted acuerda a mi culpa». Temía que la vejez hubiera entrado en escena y que todo hubiera callado. «¡Ay! muchas cosas se van, año tras año, al dominio de los Inmortales, lo que es indeciblemente bello, pero también indeciblemente triste... la soledad en que vivimos, si se tiene alguna espiritualidad, es bien grande en nuestra época». Y agregaba esta figura patética: «El aislamiento fantasmal de esta hora de medianoche, en medio del sordo y ronco concierto de la posteridad degradada y harta de Adán, hace muy precioso un hombre provisto de una voz articulada: — «Centinela: ¿qué dices tú, entonces? Centinela: ¿qué hora de la noche es?»».

Se refería luego a la «República modelo» y decía que el mundo entero era y fué siempre una «república de mediocridades»; dudaba del sufragio universal, y aun la democracia le inspiraba cuidados, no por ella, sino por el estado moral del mundo. Había viajado por Alemania y, luego de descubrir el paisaje alemán y el Rin, había ido a saludar a la sombra de Schiller en la cámara mortuoria de Weimar, y la de Lutero en la celda de Wartburg. Los pensadores alemanes le habían sorprendido, especialmente los de Berlín a quienes consideraba «inconscientes ejemplares de charlatanismo de alto potencial».

El 9 de setiembre le habla de Thackeray: «Es un joven gordo,

gordo de cuerpo y de alma, con muchos dones y cualidades, sobre todo en el género de Hogarth, con un toque de Sterne, provisto además de un enorme apetito, y muy indeciso y caótico en todas las cosas, excepto en la educación exterior, la cual en él está bien vigilada y perfectamente de acuerdo con el estilo inglés moderno... Es un hombre corpulento, violento, lacrimoso, hambriento, no un hombre fuerte». He ahí otro retrato de la galería literaria de Carlyle.

En la carta de Emerson de 10 de agosto le decía que no osaba hablarle de América «a él, el europeo inveterado que defiende a buen derecho la civilización, las antigüedades y la cultura de Europa»; pero lamentaba no viniera a ver el nuevo continente y Nueva York, donde Thackeray había producido buena impresión. Decía que era aquel un país nuevo en que se edificaban rápidamente grandes fortunas. «Naturalmente, las comidas, el baile, los trenes lujosos son la única felicidad, y Thackeray no nos curará de esta enfermedad». E insistía: «¿por qué no viene usted?; si viniese, ciudades enteras saldrían a su encuentro».

El 11 de marzo de 1854 Emerson recordaba, al reprocharle su negligencia, la máxima que los franceses habían tomado de los indios: «No deje crecer la hierba en el sendero de la amistad». «¡Ah! mi bravo gigante, le decía, usted no comprenderá jamás el silencio y la abstención de los que no son gigantes». Se refería luego a los famosos panfletos de Carlyle que continuaba leyendo, sin agotarlos, y al expresarle su admiración insistía en reprocharle que usara la sátira tan acerbamente contra «el pobre mundo».

En seguida su pluma trazaba un párrafo de exquisito afecto. Le decía que había oído decir que los diarios anunciaban la muerte de la madre de su amigo. «Me figuro su dolor. El mejor hijo no es bastante hijo. Yo he visto morir en mi casa, en noviembre, a mi madre, mi madre que había vivido conmigo desde mi nacimiento y conservado hasta el fin su corazón y su espíritu, claros e independientes. Es muy necesario que nosotros, los que leemos y escribimos, tengamos madre, para impedir que nos transformemos en papel. Había hecho la experiencia de que su avanzada edad no era suficiente para hacerle soportar su muerte sin dolor».

Concluye esta carta Emerson invitando nuevamente a su amigo a ir a América, que crece penosamente en ciudades, en riquezas, en poder y se prepara a solucionar grandes cuestiones, como la de la esclavitud. «John Bull en su país, le interesa; es todo su tema. Venga aquí a ver la «Johnathiensetion» de John». Carlyle le contesta el 8 de abril desde su solitaria casa de Chelsea. Renueva las expresiones de tierna amistad al único hombre que comprende completamente

su voz. «La soledad, el silencio de mi pobre alma, en el centro de este rugiente torbellino que se llama Universo, son siempre grandes y, a veces, extraños, casi asustadores. Tengo, yo también, muy cerca mío, dos millones de bípedos sin plumas y que hablan... ¡Silencio, silencio!, me digo frecuentemente. ¡Calla, pobre loco, y prepárate para ese divino silencio que ahora no está lejos!».

En seguida, el hombre que con su pluma desencadenaba tempestades y cuyo mordaz humorismo era capaz de derribar templos, intituciones y humanos convencionalismos lanzaba esta desgarradora pero extrañamente serena página llena de inefable ternura: «Después de mi última carta he tenido que hacer y ver tristes cosas: la pérdida de mi querida y buena vieja mamá, que no podía conservar eternamente, me ha golpeado más de lo que se podía esperar, dada su edad y la mía; ha sido como una especie de bancarrota total. ¡Oh esos últimos días, ese último domingo de Noel! Fué para mí una verdadera madre, piadosa, valiente y noble; y ahora todo está concluído y el Pasado se ha tornado pálido, triste y sagrado; y jamás la potencia universalmente renovadora de la muerte, de eso que nosotros llamamos la muerte, me ha parecido tan extraña, tan cruel y tan inefable. No, cruel de ninguna manera, diría yo; profunda, *inefable* es la palabra justa. Usted también ha perdido su buena y vieja madre que conservó como la mía, el espíritu claro hasta el fin; ¡ay! es la más antigua ley de la naturaleza y, sin embargo, ella nos golpea a cada uno de nosotros con originalidad, como si esto no hubiera ocurrido antes».

En aquellos días su preocupación literaria era su estudio sobre Federico el Grande. Aunque insistía no lograba adelantar; su personaje no le parecía suficientemente divino, bien lejos de eso, y él se sentía viejo y advertía su corazón cansado. Temía no poder escribir una palabra más. «Compadézcame, compadézcame; no sé a que costado volverme y mi tierra y mis Cielos se llenan de Caos, en forma que rara vez se ha visto en la literatura inglesa o extranjera; agregue a esto que esta entidad sagrada, la literatura misma, no aparece venerable a mis ojos, sino menos y cada vez menos». Pero le pedía que conservara esto «como un secreto de familia».

## IX

### EL PRECIO DE LA GLORIA

Transcurrió un año de silencio, Emerson lo interrumpió el 17 de abril de 1855. Le habían dicho que el astro de Carlyle ascendía día tras día. Ese era el hombre que algunos años antes estaba seguro

que todos los hombres le tenían por loco. Ahora todos, —hasta el *Times*— se le aproximaban y creían en él. Allí también, en el Nuevo Mundo, se creía en él. Las mismas objeciones de Emerson contra su amigo eran refutadas. Ante todo esto se decía a sí mismo que el amigo austeramente exigente que él había elegido y que había sido elegido por él, lo encontraba inerte y sin voz cuando todos lo elogiaban y lo amaban. Pero él no había cambiado; seguía fiel a la amistad y orgulloso de su genio a pesar de su silencio.

El filósofo de Concord define en esta carta al hombre americano gráficamente: «es un *pionner* y un hombre que tiene muchas manos, que lee su diario el sábado por la noche como hacen los granjeros y guardabosques. Admiramos la *megalothukia*, la manía de grandezas, y nos proponemos educar a nuestros hijos para un destino grandioso; pero no hacemos más que bosquejar todo esto, y acaso harán ellos lo mismos. En cambio Inglaterra se le aparecía como el volcán rugiente del Destino que amenaza asar o ahogar a los pobres Plinios literarios que se le aproximan demasiado en busca solamente de reportaje.

Carlyle responde prontamente a la voz de su amigo. El 13 de mayo, ansioso como está de sus cartas, le contesta, pero su humorismo estalla en este juicio tremendo: «Somos aliados de Luis Napoleón (un caballero que hasta ahora no ha dado más prueba que la de poseer cualidades de asaltante y que debe darlas de heroicidad bajo pena de irse al diablo) y bajo las órdenes del Mariscal Saint Armand (que antes fué maestro de baile en esta ciudad y no ha cesado de ser un ladrón en todas), un jefe de género cómico pirata, que se parece tanto a un general como Alejandro Dumas se parece a Dante Alighieris. El sarcasmo alcanzaba a todos y él debió sonar a ruido de artillería en la serena granja de Concord, donde sólo se escuchaban «las voces celestes» del filósofo poeta.

Transcurrió un nuevo año de silencio. Emerson se había prometido enviar a su amigo la versión de cualquier hecho extraordinario que se produjera en el orden político, social o literario. El 6 de mayo de 1856 envió al «hombre formidable» la noticia del acontecimiento y el cuerpo del delito. Este era un libro de versos, «El último versano», le decía, apareció en Nueva York un monstruo heterocéfalo, que tenía ojos terribles y la fuerza de un búfalo y el carácter indeseablemente americano; tuvo ganas de suicidarse; pero el libro fué tan mal recibida por algunas personas a las que se lo mostró, y las buenas costumbres estaban de tal manera suscitadas, que un hijo nada. Sin embargo, volvió a caer que debí suicidarse. Se *Have Leaves of Grass* y fué escrito e impreso por un ayudante de impre-

sor de Brooklyn (Nueva York) de nombre Walt Whitman. Después de darle una ojeada, si usted conceptúa, como es posible, que eso es solo el inventario de un almacén hecho por un simple tasador, puede usted prender la pipa con él». Emerson, el poeta de la serenidad y el espíritu, había adivinado al gran poeta revolucionario norteamericano, cuando todos lo repudiaban por la novedad de la forma y la violencia y originalidad del concepto, y hallando, tal vez, en él secreta afinidad con el tempestuoso espíritu de su amigo, le envió el libro a título de sondaje espiritual.

Infelizmente no sabemos que pensó el filósofo de Chelsea del poeta de Nueva York. Nada le dice en su carta de 20 de julio, que es la más próxima al envío del libro. Sin embargo, si llegó a leerlo, sin duda encontró en él, en medio de la broza y del canto, el acento carlyliano y algunas de aquellas «cosas inefables y divinas» que proceden del misterio y que pocos hombres logran formular.

Carlyle luchaba aquellos días con *Federico* que le absorbía todas sus meditaciones. Poco después partió para Escocia. Desde Annan le escribió el 28 de agosto: «Estoy en mi país natal cabalgando, tomando baños de mar, viviendo de la comida de campaña, no pronunciando una palabra, y he terminado ya la quinta semana; es un retiro como ninguna Trapa me lo podría ofrecer, un retiro sin cilicios, sin colchones de cardo y con devociones silenciosas». Allí, a Highlands, el correo le lleva el esperado libro de Emerson sobre Inglaterra. Al regresar a Londres, le escribe el 2 de diciembre: «en los últimos siete años no he puesto la mano sobre un libro parecido. Es la obra de un *hombre real*, que tiene ojos en la cabeza, nobleza, sabiduría, humor y muchas otras cosas en el corazón.» Creía que solamente Franklin podría haber escrito ese libro, pero claro que a su manera. El público inglés lo saboreaba y hacían lo mismo los hombres doctos. Esta carta terminaba con una queja: «Oh, amigo mío, consérveme siempre un rincón en su recuerdo; he estado muy aislado estos años, hundido hasta el centro de la Tierra, amenazado de ser, en mis días de vejez, estrangulado por los Pitones y los dioses de barro...».

Emerson le requirió noticias de su *Federico*. El 2 de junio de 1858 Carlyle le anunció la próxima aparición de los dos primeros volúmenes. «Es un mal libro, le decía, pobre, débil, deforme, casi sin valor ( por la culpa de las pasadas generaciones y mía) y mi sola excusa es de no haber podido hacerlo mejor...» La idea de la declinación que trae la vejez le asalta en esta carta. Sin embargo, exclama: «aunque quebrado y extraordinariamente abatido, no creo todavía que haya huesos rotos; la vejez, no obstante, ha llegado, y

usted puede retener su camarote en el barco cuando desee...» En la postdata habla de las desventuras conyugales de Dickens que se ha separado de su mujer. «Hace muchos años que eran desgraciados en la vida en común y a la larga ha puesto fin a esa situación».

Emerson había recibido el *Federico* «emocionado y casi con lágrimas». Así se lo dice el 1º de mayo de 1859. «Está soberanamente escrito. Creo que usted es el verdadero inventor del estereóscopo por haber revelado este arte en el estilo, mucho tiempo antes que hubiésemos oído hablar de aquél en el dibujo». Este concepto crítico sobre la plasticidad del estilo literario de Carlyle es realmente exacto y puede aplicarse a toda su obra.

Un año después, el 16 de abril de 1860, Emerson le envía un breve billete. «Siga amando a sus viejos amigos, le dice. No importa que le escriban o nó». Le insta a que una vez que termine el *Federico* vaya a América donde le espera una ovación. El le contesta que sus palabras sobre los dos primeros volúmenes del *Federico* han estado presentes en su espíritu en medio de las tinieblas de los dos últimos años. Había sido su único estímulo. «He leído algunas críticas de mi miserable libro y he rehusado leer centenares de otras». Elogios y censuras, pero jamás una estimación justa y exacta como la de su amigo. El *Federico* le abrumaba y no lograba concluirlo. El 29 de enero de 1861 le decía: «No lo terminaré antes de un año... y tengo el aspecto de debilitarme de mes en mes». Se refería al nuevo libro de Emerson *The Conduct of Life* y, al hacer su fervoroso elogio, le decía: «creo siempre que hay aquí en Inglaterra, en estado de mutismo, un gran número de almas pensantes que saben reconocer a un Pensador y a un Profeta de un tipo humano que no perecerá, y saludarlo como el más raro de los milagros...».

En 1862 apareció el tercer volumen de *Federico*. El 8 de diciembre Emerson le acusaba recibo: «Lo he leído, primero concienzudamente por el aspecto histórico, luego me detengo y medito sobre la Musa que lo inspira y el amigo que lo escribe. Es un libro soberanamente escrito por encima de toda literatura, que dicta a todos los mortales lo que deben recibir como decreto del Destino y esencial a su salud... Es la Declaración de los Derechos y Deberes de la Humanidad, la proclamación real del Intelecto subiendo sobre el trono, anunciando que, según su buen placer, antes como hasta esta hora, y ahora una vez por todas, el mundo será gobernado por el buen sentido y la ley moral o si nó marchará a la ruina».

En seguida examina el estilo del libro. «¡Que decir de la manera! El autor está en ella como Demiurgo, lanzando sus marionetas temblequeantes, elogiándolas y burlándose de ellas, encontrando placer en verlas representar bien, dándoles pequeños golpes en la es-

palda y saboreando las feas muñecas cuando se conducen mal, comunicando siempre con medida su sentimiento... dando al lector la impresión de que se halla en posesión de la historia entera, vista desde un punto de vista central, que su investigación nada ha desdeñado, y que él abraza el minúsculo proyecto de Prusia de un golpe de vista alto y cósmico. Todavía me gusta más el sentido sólido y la independencia absoluta del tono capaz de llenar de espanto a los reyes».

Los espacios de silencio se hacen cada vez más extensos. Casi dos años transcurren sin una palabra. El 26 de setiembre de 1864 Emerson le acusa recibo del cuarto volumen de *Federico*. Fué su mejor lectura durante el verano y la única durante dos semanas. «Queda en Inglaterra, le decía, una cabeza sólida y un gran corazón, incommovible, superior a sus propias excentricidades y perversidades, digamos mejor, llevándolas, según me parece, como un traje elegante o una cucarda roja». En tanto que Carlyle viviera, «Inglaterra poseería una garantía segura de poder». Recién el 14 de junio el historiador le anuncia, desde Escocia, Annan, la terminación de *Federico*. Siente agotadas sus fuerzas; no lee, no trabaja, sólo aspira a recuperar las fuerzas en el país natal. Emerson lee el libro en medio del júbilo de la paz que ha puesto fin a la guerra de secesión. «No he encontrado en la obra ningún trazo de la vejez de que usted habla, le dice. En el libro la mano no tiembla». Le reprochaba sus juicios poco amables sobre América; le instaba nuevamente a visitarla a fin de que atenuara su impresión.

El 16 de mayo de 1866 el filósofo de Concord escribe a su amigo una de sus más bellas y dulces cartas. Le acababan de dar la noticia de la muerte de la esposa de Carlyle. «Me he enterado del triste regreso a su casa vacía... El golpe largamente temido ha caído finalmente bajo la forma más dulce para la víctima, y endulzada para usted mismo por largas treguas renovadas. No puedo evitar juzgarla feliz hasta en la fácil partida, como ella lo fué en su serena y honrada carrera. Para nosotros mismos no quisiéramos, después de haber franqueado la cumbre de la montaña, contar ansiosamente los pasos descendentes o sacrificar con sentimiento algunos días de la decadencia. Y usted tendrá la tranquilidad de saberla liberada, al abrigo de toda nueva prueba. Me he sorprendido repitiendo antiguos versos dirigidos al alma que se va:

Tú no conocerás más vicisitudes humanas,  
Y para tí la belleza ya no podrá morir.



mera vez: su conversación y sus cumplidas maneras prometían un bello y feliz porvenir. No habiendo sido testigo de ninguna decadencia, me apena pensar en ella; recuerdo siempre vivamente a la joven, la gracia lijera con que ella hablaba de las cartas y homenajes que había recibido de Goethe, los detalles que daba de la visita que se proponía hacer a Weimar y de las contrariedades que le producía. No cesó de testimoniarme, lo mismo que a mis amigos, una perfecta bondad; todos los Americanos han hecho nuevamente su elogio... Desearía vivamente estar con usted en sus días de soledad».

Concluía confiando en que los amigos le acompañarían con su simpatía y en que el trabajo sería su consuelo. Lo sentía fuerte y tallado para la resistencia. Además, estaba seguro que «no dejaría de consultar los sagrados oráculos que, a veces, en estas horas en que el alma parece sumergirse, nos son acordados. Y si nunca nadie los conoció, usted los conocerá».

Carlyle había huido de la soledad de la casita de Chelsea. Estaba en Francia. Desde Menton, donde había ido a pasear su soledad y su melancolía, recién le contestó el 27 de enero de 1867. Era un largo espacio de tiempo. «El más largo intervalo, decía, y seguramente un intervalo más triste que cualquiera de los producidos desde que, por la primera vez, nos encontramos en las landas de Escocia, hace algo así como treinta y cinco años. Vd. me ha dirigido también billetes y cartas bondadosas y reconfortantes, —casi la sola palabra humana que he oído de un ser viviente— y, sin embargo, no he podido romper mi silencio de piedra hasta este momento; aunque me lo propuse muchas veces, no he podido resolverme a ello. Pensará usted que yo he caído muy abajo, y que padezco una profunda depresión de corazón y de esperanza: — y, en verdad, es mi caso: soy, casi sin esperanza y sin temor, un anciano grave y sombrío, silencioso y triste que tengo los ojos fijos sobre el abismo final de las cosas, en un mudo diálogo con «la Muerte, el Juicio y la Eternidad» (¡diálogo mudo de ambas partes!) sin interés alguno en discutir con pobres semejantes en voz articulada sobre sus asuntos. Tengo razón y, sin embargo, por otra parte me equivoco. Siento muchas veces que valdría más estar muerto que ser indiferente como lo soy, despreciando, disgustado del mundo y de la ruidosa estupidez a la cual no tengo la menor idea de remediar, si me fuera necesario para ello levantar un dedo, atento solamente a encerrarme y a cerrar mi puerta». Agregaba en seguida como justificación: «Es verídico —doce años de lucha continua con las pesadillas y las hidras subterráneas— casi anonadado, teniendo muchas veces la impresión

de que lo sería todo y que moriría sin acabar este monstruo». Luego retomaba el melancólico recuerdo de la muerta y agregaba: «La calamidad de abril último me ha privado del pequeño todo que yo tenía en el mundo y no me queda un alma que pueda rehacer mi *home* en cualquier rincón que sea del universo. Alegre, heroica, tierna, sincera y noble, tal era ese tesoro que mi corazón ha perdido y que fielmente me acompañó en todos mis caminos rocallosos y mis ascenciones; sin ella, yo soy pobre para siempre... Todo el último verano, mi único consuelo en forma de trabajo fué, evocando, en plena luz, escenas pasadas, escribir y clasificar viejos documentos y recuerdos que acababan de cerrarse para mí sin regreso... Ponerme a escribir mi propia *vida* no sería nada menos que horrible y jamás lo haría. La masa vulgar e indiferente que puebla la tierra, ¿qué tiene que hacer, le pregunto yo, con mi vida o conmigo? Que un noble olvido, que el silencio y el aliento azul de la Eternidad me absorba».

## X

## LA TARDE CAE

Casi tres años permaneció en silencio después de esta carta Carlyle, y mudo también su amigo. El 18 de noviembre de 1869, desde Chelsea, el viejo y solitario filósofo recordaba a su amigo que hacía tres años que no le escribía, desde la carta de Mentón, escrita por «el más triste, proplablemente, de todos los hombres vivos bajo los olivares y los naranjales de Liguria con sus umbrías sombras exóticas, sus sugerencias mas sombrías todavía». «Sé muy bien, le decía, que si usted no me ha respondido, eso quiere decir simplemente: «¡Ay! ¡qué palabras de consuelo puedo dirigirle que él no las conozca!» Y agregaba: «Seguro es que entre las luces que han desaparecido o desaparecen todavía ante mis ojos, una después de otra, en virtud del inexorable decreto, en este mundo, ahora crepuscular y vacío, deploro muchas veces que nuestra correspondencia (sin orden absoluto del Destino) se haya extinguido o haya sido suspendida; pero interpreto este hecho como usted lo ve, y mi afecto, mis sentimientos fraternales hacia usted permanecen vivos y permanecerán tanto como yo mismo». Y agregaba que ansiaba recibir la respuesta a esta carta «antes que llegara el silencio final». «Tendría muchas cosas que decirle, muchas cosas lúgubres, pero también puede ser, que haya algunas cosas buenas y benditas, aunque serían las más tristes, y al mismo tiempo las más nobles, las más afectuosas y las mejores, como corresponde al poniente que se aproxima».

Si no el poniente, la tarde avanzaba. Carlyle ajustaba sus cuentas con la vida. Había resuelto legar a la Universidad de Harvard todas las obras que le sirvieron para componer su *Cromwell* y su *Federico*. La vejez hacía su camino. El 24 de febrero de 1870 escribió a su amigo con dificultad y con lápiz. No podía escribir la larga carta que se había prometido. Su mano derecha sufría. Le acompañaba en la desolación de Chelsea su sobrina Marx, como una pequeña luz amiga en medio de su pequeña casa, ahora «sombria, triste, pero llena de una belleza y de una solemnidad tierna que van creciendo sin cesar». Esa belleza no se ha extinguido; está todavía allí, y acaso sea ella la que inspiró este ensayo.

Las últimas cartas de Emerson llegan a Chelsea como rayos de sol a un lugar subterráneo. Todavía insta al viejo amigo a ir a América. No hallaría allí más que respeto. «Han sido olvidados sus brillantes pecados de la época de la guerra y de antes». El no había cesado de explicar o justificar «sus feroces expresiones respecto a América». El genio tiene derecho a todo. No se puede exigir a Milton su paso de gigante para que caminen como las personas que desfilan por la vereda. Lo estimula de todas maneras. Le dice que pertenece a la raza de los gigantes y que no sabe nada de la debilidad y de las depresiones del temperamento de los hombres rubios; agrega que no hay ejemplo de fidelidad como el suyo; que es su más rara felicidad haber sido casi su contemporáneo y su amigo, haber podido descubrir el astro nuevo por la rareza de su luz, casi antes que apareciera a los hombres de oriente.

Carlyle da las gracias a su amigo por todas sus bondadosas palabras, por la forma en que le abre las puertas de su corazón en Concord. El 2 de abril de 1872 le escribe la última carta; ¡melancólica carta!, pero en ella hoy una bella profesión que debió haber llenado de alegría a Emerson. «En la horrible confusión de anarquía bajo la cual se presentan actualmente a mi contemplación desencantada todos los pueblos ingleses, encuentro un consuelo que me reconforta al pensar que habrá allá lejos de aquí, a cincuenta años, más de un millón de hombres y de mujeres capaces de leer a Shakespeare y la Biblia inglesa; como la historia (igualmente bíblica y noble durante un largo período) de la Madre Patria. — Y de hacer, a menos que el Diablo no se apodere de ello, lo que hicieron sus abuelos, o mejor aún, si tiene valor para ellos».

Hacía luego el apasionado elogio de Ruskin, que fué su discípulo y continuador, y cerraba para siempre su correspondencia con Emerson con estas palabras triviales, pero que el silencio hizo luego

simbólicas: «¡Ay! he aquí el final de mi papel, querido Emerson, y tenía todavía que decirle todo un caos de cosas».

Realmente fué aquel el final de la correspondencia entre los dos amigos. No volvieron a escribirse durante los años que sobrevivieron a esta última carta. Se vieron, sin embargo. Emerson estuvo en Inglaterra en el verano de 1872 y volvió de nuevo al año siguiente. En ambas ocasiones fué a golpear la puerta de la casita de Chelsea.

El tiempo había nevado sobre las cabezas de ambos. Ya no eran los hombres llenos de ardor que se vieron por primera vez, hacía cuarenta años, cuando Emerson cayó como un enviado celeste en la soledad de Craigenputtock. Setenta y seis inviernos habían arado hondo en la frente del «hombre gigante» de Chelsea; se hallaba ya en los umbrales de los setenta el filósofo y poeta de Concord. ¡Cómo desbordaría el pensamiento en la mente de ambos y cómo latirían sus corazones rebosantes de amistad inmarcesible! Se estrecharon en apretado abrazo, se miraron en los ojos, balbucearon extrañas palabras, y luego quedaron sumidos en profundo silencio sin acertar a formular palabra alguna.

El salón de Chelsea fué testigo de la escena y allí están todavía, junto a la chimenea, los sillones en que los amigos permanecieron en largo y mudo coloquio, viendo desfilar las sombras que habían llenado cuarenta años de intensa vida. La palabra humana no interrumpió el silencioso diálogo de aquellas dos grandes almas. Luego, los amigos se abrazaron estrechamente, y se despidieron hasta la Eternidad.

Varios años vivieron todavía. Carlyle fué el primero en partir, un día del invierno de 1881; al año siguiente lo siguió Emerson cuando despuntaba la primavera. Ambos, a pesar de sus limitaciones, reservas y rebeldías se encontraron en Dios, creyeron en la inmortalidad del espíritu, en la vida de ultratumba, en los países inefables y celestes en que reposan definitivamente las almas. En ellos reanudaron sin duda el diálogo inmarcesible.

Londres, 1929 - 1936.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Nota. Además de los papeles originales examinados, a simple título de sugerencia, que le han permitido aventurar algunas interpretaciones originales, el autor ha utilizado para su glosa las epistolarios publicados y, especialmente, la excelente traducción francesa de las cartas cambiadas entre los dos amigos de 1834 a 1872 realizada por E. L. Lepointe, apasionado admirador del escritor inglés que logró vencer las dificultades que ofrece la prosa de Carlyle para ser vertida a extranjero idioma, y animar, a menudo, la versión, con el soplo carlyliano.